

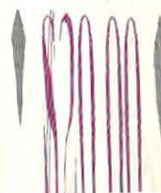
Luvina

literatura y arte • 15 • marzo de 1999



- ♦ Textos de Thomas Bernhard, Eugenio Partida, León Leiva Gallardo
- ♦ Poemas de Jorge Antonio Palmer Sellek, Wislawa Szymborska
- ♦ Poesía puertorriqueña ♦ Ensayo de Luis Armenta Malpica
- ♦ Rubén Ortiz Torres: un desmadre moderno

♦ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA ♦



NUEVOS TITULOS DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Armando Solórzano Ramos
*¿Fiebre dorada o fiebre amarilla?
La Fundación Rockefeller en México*
304 páginas, \$ 45.00

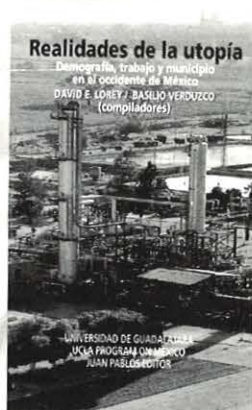


Rosa Martha Romo Beltrán
*Interacción y estructura
en el salón de clases*
Negociaciones y estrategias

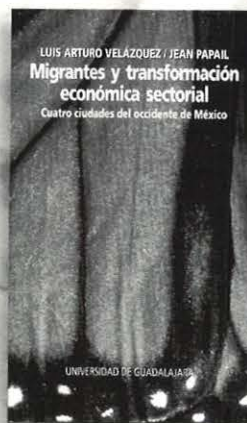


Rosa Martha Romo Beltrán
*Interacción y estructura
en el salón de clases*
(reimpresión)
154 páginas, \$ 35.00

David E Lorey y
Basilio Verduzco (compiladores)
Realidades de la utopía.
*Demografía, trabajo y municipio
en el occidente de México*
304 páginas, \$ 85.00



Luis Arturo Velázquez / Jean Papail
*Migrantes y transformación
económica sectorial*
Cuatro ciudades del occidente de México



Luis Arturo Velázquez y
Jean Papail
*Migrantes y transformación
económica sectorial.*
*Cuatro ciudades del occidente
de México*
292 páginas, \$ 60.00

Marco Aurelio Larios
*La música y otras razones
para contar*
(reimpresión)
120 páginas, \$ 25.00



Paolo Bifani
*MEDIO AMBIENTE
Y DESARROLLO*



Paolo Bifani
Medio ambiente y desarrollo
704 páginas, \$ 160.00

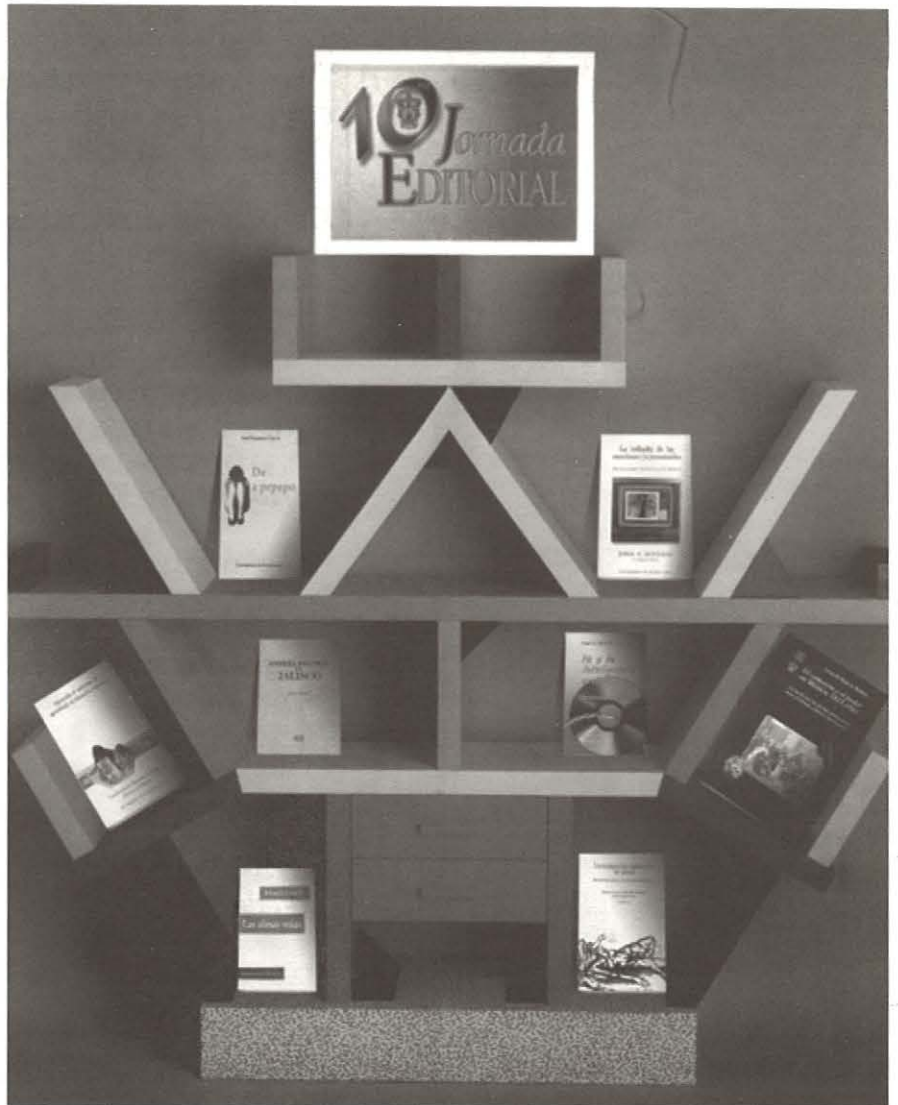
adquíeralos en: *coordinación editorial* UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

francisco rojas gonzález 131 [entre av. méxico y justo sierra]
ladrón de guevara CP 44600 guadalajara, jalisco, méxico

TELÉFONOS 91 131 615 7589 / 615 8742 FAX 615 8192

10^{ma} Jornada EDITORIAL

Los autores, editores,
promotores, distribuidores
y lectores, unidos y presentes
en torno al libro
y a las publicaciones
de seis casas editoriales



Del 15 al 26 de marzo de 1999



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
PETRA EDICIONES

Vestíbulo exterior del Edificio
Cultural y Administrativo de la U de G
Avenida Juárez 976

índice

Especial

**4 Thomas Bernhard,
en el décimo aniversario
de su muerte**

5 Acontecimientos
Thomas Bernhard

de los
creadores

**9 Correspondencia:
nueve presencias
de poesía puertorriqueña**
Marioantonio Rosa

13 Pero a pesar de todo
Juan Antonio Corretjer

14 Alabanza de Lares
Francisco Matos Paoli

16 Ciudad 67
Edwin Reyes

17 Amanecida
Julia de Burgos

18 Coincidencias del alma
Marigloria Palma

Poema de la gracia y la pureza
Laura Gallegos

**19 A los segados por el fuego
en la masacre de Ponce**
José Emilio González

20 Principio
Andrés Castro Ríos

22 La otra sombra de la lluvia
Marioantonio Rosa

en
taller

**25 Rubén Ortiz Torres:
un desmadre moderno**

33 Alaska
Eugenio Partida

39 Naturaleza muerta
Jorge Antonio Palmer Sellek

40 Urbana IV
Álvaro Morales

41 Toque de queda
León Leiva Gallardo

45 Lo más mismo
Martín Almádez

46 Tres poemas
Wisława Szymborska

**49 La alta sociedad de la poesía
(y sus poetas muertos)**
Luis Armenta Malpica

51 reseñas y novedades

**Escritores al final del milenio:
nueve libros de Arlequín**
Jorge Souza

**Una visión del amor
en Erato. Ars amatoria en Guadalajara**
Harriet Quint



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector general*, Víctor Manuel González Romero; *Secretario general*, José Trinidad Padilla López; *Vicerrector ejecutivo*, Misael Gradilla Damy; *Coordinador general académico*, José Francisco Espinoza Cárdenas; *Coordinador general administrativo*, Adolfo Espinoza de los Monteros; *Coordinador general de extensión*, Roberto Castelán Rueda.

Luvina *Coordinador editorial*: César López Cuadras. *Consejo editorial*: Baudelio Lara, Jorge Orendáin, León Plascencia Ñol, Felipe Ponce, Guadalupe Sánchez, Marco Aurelio Larios, Wolfgang Vogt. *Diseño*: Avelino Sordo Vilchis. *Corrección*: Sofía Rodríguez B. *Capturista*: Martha L. García. *Composición tipográfica*: RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL.

Luvina Revista trimestral (marzo de 1999). Editor responsable: César López Cuadras. Número de reserva de título en Derechos de Autor: 2475/97. Número de certificado de licitud del título: (en trámite). Número de certificado de licitud del contenido: (en trámite). Domicilio de la publicación: Hidalgo 919, sector Hidalgo, 44100, Guadalajara, Jal. Correo electrónico: luvina@udg.serv.cencar.udg.mx Imprenta: Editorial Pandora, s. a., Cañas 3657, La Nogalera, 46170, Guadalajara, Jalisco. Distribuidor: Coordinación Editorial de la Universidad de Guadalajara, Francisco Rojas González 131, col. Ladrón de Guevara, 44600, Guadalajara, Jalisco. Tel. y fax: [3] 827 2105 <http://www.udg.mx/~editorial/index.html>

Thomas Bernhard, en el décimo aniversario de su muerte

Thomas Bernhard (Heerlen, Holanda, 1931-Gmunden, Austria, 1989). Llegó a ser uno de los mejores escritores contemporáneos de lengua alemana. Hijo de un agricultor austriaco, estudió violín, canto y musicología en Salzburgo y Viena. Escribió numerosas obras teatrales, relatos, novelas y varios libros de poesía. Su vasta obra en prosa, que se configura como fundamental en la moderna literatura europea, le dio diversos premios, entre ellos el más prestigioso de la crítica alemana, el Georg Büchner, en 1970, y el Grillparzer en 1972. Sus obras han sido difundidas entre el público hispanohablante gracias a las magníficas traducciones del español Miguel Sáenz, quien también escribió una biografía de Bernhard.

Los breves relatos en prosa *Acontecimientos*, escritos probablemente entre 1956 y 1957, algunos años después de que su autor ejerciera el oficio de cronista de tribunales, poseen la forma del más simple reportaje, con frases sencillas, sin excesos metafóricos ni finezas retóricas. Sin embargo, en sí y por sí mismos representan un mundo en el que el destructivo fuero interno de sus personajes queda al descubierto, desbordándose en «consecuencias forzosas». Y es justamente en esos sencillos sucesos, aparentemente los de menor importancia, donde la «normalidad» comienza a vacilar.

Estos textos vieron la luz en 1969, aunque ya para 1960 debieron estar publicados, pero Bernhard, quien entonces trabajaba en su primera novela, *Helada*, y se encontraba ya en el camino de una forma literaria más complicada, decidió retrasar su publicación. A pesar de ello no perdieron, hasta hoy día, nada de su sustancia y muestran el punto de partida de un camino que su autor empezaba a andar con consecuencias sorprendentes. (Nota y traducción de Ricardo Corchado y Sabina Scherser.)

Acontecimientos

Thomas Bernhard

EL TERRATENIENTE sueña que uno de sus trabajadores excava en muchas partes de su finca y por doquier aparece un cadáver. Manda al trabajador cavar toda la zona en torno a la casa. Mas no hay un solo sitio bajo el cual no se halle enterrado un muerto. Entonces el terrateniente hace cavar todo su terreno por cientos de trabajadores pero, en efecto, está densamente cubierto, sin excepción, de cadáveres bajo una delgada capa de tierra. Cada cadáver que va apareciendo —se trata de cuerpos de diversas edades y ambos sexos— hace que se lo muestren y recuerda haber asesinado a todos por su propia mano. Pero el miedo a ser muerto él mismo no hace que delate sus crímenes. Se le ocurre la idea de hacer buscar al asesino o los asesinos. Para este fin organiza todo un aparato de empleados a quienes paga una suma elevada. Pocos días después es encontrado un asesino. Aunque el terrateniente sabe que en lo que respecta a aquel hombre, que es completamente desconocido, no se puede tratar del asesino, lo pone a disposición de un tribunal que lo condena a muerte. El asesino es ejecutado. De esta manera los empleados llegan a encontrar aún más asesinos. Al final encuentran justamente tantos asesinos como asesinados hay. Todos son ejecutados y enterrados en la finca del terrateniente. Entonces despierta el terrateniente y se levanta. Se encamina al bosque para fijar cuántos y cuáles árboles mandará talar todavía en este verano. Esa interrogante lo mantiene ocupado ya varios días.

EL PROFESOR ha enloquecido a causa del estudio de las mariposas. Primero se lo llevan a un sanatorio pero después de dos años es dado de alta, porque se llegó a la conclusión de que su loquera no representa peligro alguno para el mundo.

Textos tomados de Thomas Bernhard, Ereignisse, Literarisches Colloquim, Berlín, 1969.

Tiene la manía de andar bailoteando por el parque con una red para mariposas, lo cual resulta cómico, puesto que el profesor tiene una grácil figura. Casi no toma sus comidas y a petición suya se mandó colocar en su cuarto un gran pizarrón de escuela sobre el que escribe la palabra ALEGRÍA. Siempre, cada que ha terminado de escribir la palabra ALEGRÍA, llama al enfermero, que tiene que volver a borrarla con una gran esponja. Éste cada vez obtiene por ello una moneda del profesor, de tal suerte que ha llegado a poseer ya todo un saco lleno con esas monedas. Cuando el profesor tiene que dejar el sanatorio, lo cual le entristece mucho, ruega que dejen en el pizarrón la palabra ALEGRÍA. Él le dará al enfermero la orden de borrarla a su debido tiempo, el cual todavía está muy lejos. En efecto, los empleados del sanatorio están inconsolables cuando el profesor es recogido y llevado a la finca de su hermana. Allí puede moverse con toda libertad, mas sólo vive en los recuerdos de su estadía en el sanatorio. Todo lo que antes existía lo ha olvidado ya hace mucho. En la finca, durante el verano, trae prendas blancas y de color crema. Los campesinos se burlan de él cuando lo ven paseando por la colina, agitando la red para mariposas. Pero a partir de cierto día sólo quiere salir de casa por las noches, lo que su hermana y el médico de cabecera, que le dedican a él toda su existencia, no quieren permitir. Mas él logra imponer su voluntad. Dice que quiere capturar las luces, toda luz, puesto que no existe nada más preciado que la luz. Quiere coleccionar las luces, guardarlas en un sitio seguro y publicar un libro sobre ellas. Así que sale a pasear tranquilamente por las noches a capturar las luces. Una noche llega hasta las vías del ferrocarril. Sostiene su red para mariposas contra las dos luces del tren expreso, las cuales se van volviendo rápidamente cada vez más grandes. Cuando ya casi están frente a él, las captura con un movimiento rápido de sus pequeñas manos comprimidas.

LA HERMANA DEL CURA un día cae enferma y cuando vuelve a recuperarse, la gente constata que su enfermedad le ha afectado el cerebro. Hace cosas que ninguna persona normal en condiciones normales haría. Por ejemplo, anda bailando por la plaza del pueblo, agitando una corona de mirto mientras saca la lengua y emite sonidos inentendibles. También sucede que durante la misa se planta súbitamente delante del altar y empieza a esparcir rosas de una canastilla. O escribe una carta al obispo en la que le hace saber que en un campo de papas la Madre de Dios le dijo que ella vería con buenos ojos si de ahora en adelante la autora de la carta viviera en la iglesia misma. No se da el caso que se burlen de ella, la gente la contempla con timidez y cobardía. Dejan que ella les cuente historias. Entre otras, también aquella que dice que cada noche que todos en el pueblo, sin excepción, duermen, el Redentor va por la plaza, seguido de sus atormentadores, sin decir palabra y sangrando de sus estigmas sagrados. Una tarde no se presentó a la cena que se toma en la cocina de la casa del cura. La buscan. Nadie la encuentra. Apenas a la mañana siguiente los niños de la escuela la descubren congelada en la capa de hielo del gran lago detrás de la cervecería. Su boca abierta resulta más grande que su cara. Alrededor de la garganta trae como siempre un cuello de encaje almidonado. Sus brazos están extendidos. El agua se congeló rápidamente.

EL DICTADOR ha escogido un limpiabotas de entre cientos de candidatos. A éste no le encomienda otra cosa más que limpiar su calzado. Eso le sienta bien al hombre del campo y rápidamente aumenta de peso —él está sólo bajo las órdenes del dictador— y con los años llega a parecerse a su jefe casi hasta en el pelo. Tal vez eso se deba en parte a que el limpiabotas come los mismos alimentos que el dictador. Pronto llega a tener la misma nariz gruesa y, después que ha perdido todo el pelo, también el mismo cráneo. Una boca

abotagada sobresale y con su sonrisa maliciosa muestra los dientes. Todos, incluso los ministros y los más allegados confidentes del dictador, le temen al limpiabotas. Por la tarde cruza las botas y se pone a tocar un instrumento. Redacta largas cartas a su familia, la cual difunde su fama por todo el país. «Si se es el limpiabotas del dictador», dicen, «se está lo más próximo al dictador.» En efecto, el limpiabotas es el más cercano al dictador, pues siempre tiene que permanecer sentado delante de su puerta e incluso dormir allí. Por ningún motivo puede alejarse de su sitio. Pero una noche, cuando llega a sentirse lo suficientemente fuerte, entra de inmediato a la habitación, despierta al dictador y lo muele a puñetazos, de tal manera que aquél queda muerto. A toda prisa el limpiabotas se deshace de sus ropas y con éstas viste al dictador muerto y él mismo se mete en la vestimenta del dictador. Frente al espejo del dictador comprueba que efectivamente se ve como el dictador. Con rápida resolución sale precipitadamente por la puerta, gritando que su limpiabotas lo atacó por sorpresa, que en defensa propia él lo mató a golpes, que saquen el cadáver y notifiquen a sus deudos.

EL ACTOR sale en un cuento de hadas escenificado en el que interpreta el papel del malvado hechicero. Lo meten en una piel de oveja y en un par de zapatos demasiado pequeños que le aprietan los pies. Todo el atuendo resulta tan desagradable que empieza a sudar, mas eso nadie lo ve, después de todo para nadie más actúa con tanto gusto como para los niños, pues ellos son el público más agradecido. Los niños, trescientos, se asustan cuando él entra en escena, pues sienten un gran afecto por la joven pareja a la que convierte en dos animales distintos. Preferirían ver solamente a la joven pareja envuelta en prendas de varios colores, y nada más. Pero entonces la obra teatral no sería una auténtica obra teatral y después de un breve lapso resultaría aburrida, puesto que desde siempre en un cuento de hadas

tiene que haber un personaje oscuro y malo que trata de destruir o, por lo menos, ridiculizar lo bueno y claro. Cuando el telón se levanta por segunda vez, los niños están incontenibles. Se paran de sus asientos y se precipitan al escenario y parece como si ya no sólo fueran trescientos, sino que la cantidad se hubiese multiplicado, y aunque el actor llora bajo su disfraz y les suplica que paren ya de darle puntapiés y golpes con objetos duros y metálicos, no se dejan influenciar, lo golpean y pisotean tanto hasta que ya no se mueve, y sus pálidas manos mutiladas emergen entre el polvoso aire del telar. Al acudir corriendo los demás actores y comprobar que su colega está muerto, los niños sueltan una tremenda carcajada, tan fuerte que en el acto todos pierden la razón.

EL PRESIDENTE posee una particularidad que llama la atención de todos los que se encuentran con él en el juego de bolos, al beber cerveza, por la noche y durante sus relaciones íntimas, incluso en las juntas de parlamento que preside después que ha llegado el gran cambio. Varios movimientos de manos delatan esa particularidad que nadie puede explicar pero que es tan claramente notoria que ni siquiera escapa al no iniciado. La gente dice que deriva de un desarrollo que ya no se puede ni se quiere detener. Todos recuerdan instantes en que percibieron una aparición que pudo haber dado origen a esa particularidad. De hecho todos saben de qué se trata. Por miedo, ya que se les podría pedir cuentas, se abstienen de hablar o discutir sobre ello públicamente. Incluso adrede omiten toda referencia. Pero aquello no sólo se halla en los rabillos de los ojos del presidente. También se encuentra en otras partes de su graso e inquieto cuerpo. Incluso en sus sueños. En todos quienes lo reconocen produce una tensión que con el tiempo hace que esa particularidad se les contagie. Al final quedan poseídos por ella. Ésta no es otra cosa más que la brutalidad.

Centro Cultural
CASA VALLARTA
UN ESPACIO MÁS A TU CONOCIMIENTO



Exposiciones de:
Pintura * Fotografía * Escultura
Videos * Música * Café

Av. Vallarta 1668 * ☎ 615 49 30



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Coordinación General de Extensión
Coordinación de Promoción y Difusión Cultural

Correspondencia: nueve poetas puertorriqueños

Marioantonio Rosa

*Patria decimonónica y rugiente
de frente altiva, ensangrentado traje
por Lares y Betances eminente
herida y brava en la mitad del viaje*

Juan Antonio Corretjer

Desde la zozobra de Diego Salcedo, en manos de taínos, en el río de la reyerta, más allá de la suposición del cacique Agueybaná sobre la deidad muerta del colonizador sin ninguna cintila de milagro o acertijo, la isla de Puerto Rico tiene propiedad luminosa de poesía. Desde el areyto candescente, lleno de letras silenciosas, en reparto con el gong caribeño de ojos y patrones estelares, el pandero grave y la maraca con fiebre y vidrio trasnochado, existe un primer cuerpo de poesía.

Una poesía vivaz, de pronombres, conjuros y proclamas, señales multiformes, olorosa a cafetales, a trapiches, a sangre esclava que pudo volar asesinando el carimbo y el humo ebrio del mayoral maldito. Poesía regidora sobre la denuncia ciega, o una poesía en coordenadas de lanzamiento continuo, poesía que crece, que sabe hablar con esencia propia, que sabe urdirse entre lo amargo y lo tranquilo, lo feroz y lo directo, que usa piel, se conmueve, va y toca el hombro de sus objetos y regresa describiendo.

La historia social, política y cultural de Puerto Rico sustenta en la poesía su memorial exacto. Primer destino: España en el surco expansionista. Segundo destino: Francia y el resto de Europa, que convulsionan el rumbo del pensamiento. Hay fisura sobre la totalidad, adquiere nombre la resistencia, y el eco del cambio se convierte en idioma de desertores y exiliados, en credo de apóstatas y en semi-

llero de poetas. Ya para el siglo XVIII la España de la conquista y la colonización descubre, como la estatua del profeta Daniel, sus pies de barro molido y comienza a sucumbir. El nuevo mundo y Puerto Rico reciben las ideas imponentes de la vanguardia europea: Voltaire, Descartes, Bacon, Carlos de Secondat y Bronislaw Malinowski. Se imaginan las sombras rebeldes desde la diatriba de Robespierre, nuestros poetas asimilan la mayéutica de Sócrates y pasan observando el torso de Séneca.

Ya en plenitud del siglo XIX la política se convierte en arte difícil en Puerto Rico. Los epistolarios, los viajes, la llegada intrusa de la renovación, agitan un nuevo estado de conciencia. Con dramática insistencia se busca la solución de grandes males sociales y políticos que esbozan una isla disímil y rezagada ante la avanzada renovadora de Europa. En poesía y en discurso ya se habla sobre la necesidad de fundar una conciencia autóctona. La rebeldía brilla contra la centralizadora y exclusivista dominación de la metrópoli. La diáspora emerge y el Caribe la recibe, la toma, la hace suya. Llega la liberación de América del Sur, la cuenca recién nacida de manos de Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins. La guerra antiesclavista de los yanquis y sureños en el paralelo del próximo imperio: Estados Unidos. Todo se llama siglo XIX. Siglo del maquinismo y la técnica y la redención democrática. Era de la primera revuelta feminista en Inglaterra. *Cambio* es la palabra matriz. Cuba y Puerto Rico se impregnan del liberalismo, y comienza, o ya comenzada es, la intrahistoria, lo sucedido y lo que debe suceder para, al final, prevalecer.

Para bendición, desde la diestra de Gutenberg nos llega la imprenta, y con ella, los primeros actos

de clandestinaje, se labora por lo indómito, lo proscrito se llena de poder secreto y un pueblo se prepara para el levantamiento. Con los periódicos van surgiendo los libros y de ahí también la poesía. *Agüinaldo puertorriqueño* (1843) inicia la portada que ilumina nuestra literatura. Se abre con páginas de riqueza folclórica, poética, incitadora. Hay consenso en nuestros historiadores al afirmar que *Agüinaldo puertorriqueño* es el primer testimonio de creación literaria boricua. Empresa colectiva de un grupo de jóvenes puertorriqueños y españoles ondulando en el brío del romanticismo español, este libro constelado por seis composiciones en prosa y catorce en verso junto con una «Carta a los jóvenes colaboradores» Martín J. Travieso, Francisco Pastrana, Alejandrina Benítez y Benicia Águayo, es el documento histórico formal, luego del mosaico taíno de nuestra trayectoria literaria, aventura de cambio y forma. Esta *juvenilia* abraza la conciencia de lo puertorriqueño, de lo característicamente nuestro, y hace su primer tanteo en busca de una expresión. Los autores de *Agüinaldo*, en la dimensión despejada de su prefacio poético, nos relatan el latido y la mano de obra de un libro que reúne «todo aquello que pueda contribuir a dar lustre y gloria a esta venturosa antilla». Así nuestra poesía ebulle en el espejo de sus ancestros. Es un llamado a la conquista del puertorriqueño por el puertorriqueño. Es el deseo de hacer hito, de emanciparse, de crecer. Aquel libro «enteramente indígena» alcanza hasta nuestros días el claro punto cardinal de nuestra literatura.

Hecha y robusta la simiente, nuestra poesía comienza a habitarse de personajes escritos en compromiso, en la disciplina que implica la creación alta y certera de un verso que presentara a Puerto Rico en lo que el chileno del mundo, Pablo Neruda, ha llamado «plenos poderes», es decir, en su realidad, su idiosincrasia, su ropaje único y esencial, sin ahogos ni camuflajes. En el año 1844 se acrisola en Barcelona, bajo la rúbrica de jóvenes estudiantes puertorriqueños, *Álbum puertorriqueño*; Manuel Alonso, Santiago Vidarte, Juan Bautista Vidarte, Francisco Vasallo y Cabrera fusionan este ágape de verso y prosa donde una vez más, y con decisión, hacen el llamado de decirle a Borinquen «nuestra patria».

Santiago Vidarte es nuestro primer poeta romántico importante y Manuel Alonso será fundador del criollismo nacional con su obra cumbre *El gíbaro* (1846). Ya para esa fecha España se decapita dentro de su caja imperialista, el clamor de los pueblos por la dignidad patria y la independencia sobrepasa el sacrificio, y las primeras naciones ondean sus escudos de libertad y realización.

Con José Gautier Benítez (1851-1880) la poesía puertorriqueña alcanza esplendor y magnitud. Su madre, Alejandrina Benítez, ya era parte del arco poético con sus trabajos publicados en *Agüinaldo puertorriqueño*, por lo que el poeta nace en plena marea de creación artística. La investigadora literaria Socorro Girón de Segura ha dicho de José Gautier Benítez: «Como poeta fue él quien manifestó como nadie el sentir puertorriqueño de su época, y nadie como él le ha cantado a Puerto Rico.» Es el sentido edénico de la patria tal como lo cantó Gautier, el que ha quedado permanente en el recuerdo y el sentimiento puertorriqueños. El bardo, estando lejos, con nostalgia, combado entre tierra extraña y mareselva le dijo a Puerto Rico:

Puerto Rico, Patria mía / la de blancos almenares / la de los verdes palmares / la de la extensa bahía. («A Puerto Rico»)

O se atrevió a decir, lejos del cielo raso de la colonia, con otra historia por escribirse y recrearse:

Borinquen, nombre al pensamiento grato / como el recuerdo de un amor profundo. / Bello jardín, de América el ornato / siendo el jardín, América del mundo. («Puerto Rico»)

Con Gautier adquiere vuelo la poesía militante, la poesía rebelde, a pesar de los tonos suaves que se recuerdan en la savia de Bécquer o el signo de creación de Espronceda. Si vamos a la crónica, la presencia de la «Patria» en nuestros poetas parece bifurcarse en el seguimiento presentido de Gautier, o en otro modo, la poesía patriótica abre su oráculo desde el regreso del poeta a su isla amada, luego de agotar para siempre su gruta de extranjero.

De la mano con Gautier, Puerto Rico vive un periodo de convulsión social, política y cultural. Ocurren las primeras señales de lo que parece ser la hora del cambio. Así ocurre. En el año 1898 se firma la Carta Autonómica, todo parece alborazar hacia una nación consolidada en su soberanía plena, al menos de manera paulatina.

La guerra hispanoamericana cambió el rumbo de esa premisa. Luego del Tratado de París, en 1899 Puerto Rico pasa a manos de Estados Unidos, se reconoce, con tristeza, el carácter permanente de la ocupación. La poesía está presente en las letras de José de Diego, Manuel Zeno Gandía, Luis Muñoz Rivera, Eugenio María de Hostos. La pléyade sufre la conmoción de ese cambio amargo. Surge la resistencia a la asimilación programática de nuestro pueblo por los americanos. El criollismo paladea palabras de lucha y convicción. Nos envolvemos en la *Canción de las Antillas* de Luis Lloréns Torres, se funda la *Revista de las Antillas* y la Confederación Antillana se funde en palabra solidaria. Virgilio Dávila acomete el batey amado con *Aromas del terruño* (1904) y su obra maestra *Pueblito de antes* (1917).

En pleno dominio de ocupación yanqui se definen los primeros movimientos literarios puertorriqueños. Si bien es cierto que ya desde el siglo pasado podemos decir que nuestros poetas eran de procedencia romántica y luego bajo el zodiaco de Rubén Darío se proclama el hálito modernista, en la primera parte del siglo XX toman nombre, color y cauce los postulados poéticos. No cabe duda de que el experimentalismo cimentado ya tan temprano, en la década de los años treinta, se perfila como la ruta hacia la expresión sólida y ambiciosa de nuestra poesía. La idea del experimento, a lo que Charles Baudelaire se refirió como «*Au fond de l'Inconnu pour trouveur du nouveau*». Esa sed de lo desconocido preconiza otras ramificaciones bajo la sombrilla ingeniosa del experimento. Surgen coetáneos el diepalismo (nacido de los nombres de José de Diego Padró y Luis Palés Matos, poetas de vanguardia), el noísmo, el euforismo y el atalayismo, en cuyos exponentes tenemos a Clemente Soto Vélez y Graciany Miranda Archilla. Nombraremos a modo general los movimientos posteriores al experimentalismo, ya

que en su sentido exacto provienen de la continua depuración comenzada en los trazos del experimento, que a su vez adquiere rostro y ritmo en la poesía del Puerto Rico de hoy. Luego de la fórmula experimental toman forma el neoformalismo, el hermetismo, el intimismo neorromántico, el erotismo, el neocriollismo y la poesía negróide, cuyo precursor de ésta, junto con Nicolás Guillén en Cuba, lo fue Luis Palés Matos, que una vez plasmada su *Mulata Antilla* bailando la tristeza en su *Falsa canción de Baquiné* culmina en el memorable *Tuntún de pasa y grifería* (1937).

Es aquí donde ocurre el prodigio mayor de nuestra poesía. Leer los acordes de *Danza negra* como un manifiesto de la tríada de nuestra raza ancestral, la raza africana, nos brinda un pasaje mágico y de gran colorido sobre el simbolismo del negro en nuestra cultura, en nuestra alma, nuestra botánica y el alborozo de nuestras pleneras. Bomba, bomba que relampaguea en la sangre y nos brota en estilo del tumbé, el sudor que habla de las corrientes del baile, la sofocación víctima del trance... África de gran verde y agua tupida, África de magia:

Rompen los junjunes en furiosa ú / Los góngos trepidan en furiosa ó / Es la raza negra que ondulando va / En el ritmo gordo de mariyandá. («Danza negra»)

En la misma cresta y bajo la identidad del erotismo descollan Clara Lair, Evaristo Rivera Chevremont, Julia de Burgos. Carne, deseo, sensualidad, pasión, son palabras de hallazgo en la poesía erótica. Nos llegan desde Verlaine, Leopoldo Lugones, o Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini, Alfonsina Storni o Juana de Ibarbourou.

Evaristo Rivera Chevremont, en escalada imaginativa, nos brinda en *Tú, mar y yo y ella* (1924) el tiempo del frenesí amoroso, la cadencia del amor. El amor cuando llega con aliento y saliva, con sombra y jadeo, llega desde la obra de la distancia y a veces desde lo que no se toca o sueña:

Caballo de sueño / Tu ímpetu sexual / Te lleva al enlace / Que no ha de finar / Con la hembra-joya / Divina del mar. («Sueño XXX»)

Más el viaje de Clara Lair, cuyo *Trópico amargo* (1950) desprende su margen secreto de poesía, su vértice de arena donde siempre reposa el rostro enamorado que una vez, por amor, oculta para siempre. Encierro, en blanco, como sucede en Emily Dickinson, poemas que son una vida, telón arriba y acto de cierre:

¡Oh trópico! ¡Deja siempre la palma ante el mar! / Mientras marullo y nubes chocan en el pleamar / Mientras la ronda lúbrica mi gato hace al azar... / ¡Que mis brazos vacíos sean como el desvelo! / De una palma de mar que se rasga hacia el cielo... («Trópico amargo»)

Julia de Burgos, el verbo máximo, el verbo que crece en cada lectura, en cada entorno sobre ese amor que se camina descalzo, sobre esa soledad del aljibe entre un agua de señales y fronteras. Julita, siempre en su canción sencilla llena de constelación, de un rumor que la hace tiernamente eterna:

Si extraviado de senda, por los locos / enjaulados del mundo, fuese un día / una luz disparada por su espíritu / le anunciará el retorno hasta la vida.

No es él el que me lleva / Es su vida que corre por la mía. («Canción de la verdad sencilla», 1939)

En la misma página, Puerto Rico entra en pleno ajeteo político. Pedro Albizu Campos, el Apóstol de la Patria, el revolucionario, el clamor de la idea redentora, dirige el cauce de la independencia de la patria. Junto a él, hombres y mujeres abrazan dentro del Partido Nacionalista Puertorriqueño la convicción de liberar a Borinquen mediante las armas. Dos poetas, en brillante avanzada, recogen esta semilla que conculca el cielo liberado que se busca, la ofrenda de la palabra junto a la vida y el honor. Juan Antonio Corretjer y Francisco Matos Paoli emergen en la sílaba de la patria que no dobla las rodillas ante el tirano, enfilan el cristal del machete, y, dispuestos a combatir, la poesía llena su portal de futuro... una sola bandera en el gran viento es el sueño. Francisco Matos Paoli, desde su verbo proletario, desde su insignia de cambio y restauración, habla de la libertad, habla del Puerto Rico que debe ser:

Libres somos. Amamos, / fundamos con los héroes / el augurio de sangre / de las naves que van / a ceñir la alegría. / Los obstáculos prueban / que el crepúsculo sirve / como fuerza inocente / de toda libertad. («El rostro en la estela»)

30 de octubre de 1950: la transfiguración. Ocu- rre la revolución armada contra Estados Unidos. Puerto Rico despierta bajo el intento de liberación, en las manos del Partido Nacionalista Puertorriqueño, comandado por don Pedro Albizu Campos. Toda la isla se conmueve ante la reyerta. La poesía también describe el hecho, guiada por Juan A. Corretjer:

No tengo casa y me mato / haciendo casas de otro. / No tengo casa y me mato / haciendo casas de otro. / Llega el guardia y me detiene / por cuatro estacas que pongo / en una tierra de nadie / que no lo es: —es de todos. («Desahogo»)

El alto a la explotación, al no-ser, a la desdicha del arrabal dentro de la desmesurada modernización. El grito de rebeldía, la invasión de terrenos «con dueño» cuando en realidad no existía un sencillo hogar donde vivir. Ésos, unidos a la lucha contra el militarismo, la ocupación despiadada de nuestro Puerto Rico, fueron temas de avance en la poesía contemporánea. Tanto en la narrativa como en el verso la trascendencia del hombre frente a su patria y al futuro que le pertenece toma gran relieve y mantiene hasta nuestros días un dorado rito de continuidad.

Aún siguen las preguntas, las que comenzaron desde el Grito de Lares de 1868, cuando los ecos fueron disparos y se izó por primera vez la bandera de la república en la plaza del pueblo de Lares, luego de que los héroes subieron la cuesta del Anón, tomaron por asalto el pueblo y retaron a la España imperialista. Pregunta que gritó Manuel Rosado, el leñero, en su nobleza, en su ideal, el hacha incólume, cayendo en la humareda plomiza, por la patria.

Pregunta que hicieron Hiram Rosado y Elías Bauchamp, asesinados por policías, en 1936. La pregunta que rodó en la guerra de Vietnam, en la revuelta universitaria del 68 y del 71, cuando Antonia Martínez cayó abatida por una bala sin origen. La

respuesta que no encontraron Arnaldo Darío Rosado y Carlos Soto Arriví el 25 de julio de 1978, luego del encuentro con el cerco maldito, la emboscada, los tiros, y la carta de derechos pisoteada bajo la ebriedad de policías, que supieron celebrar el asesinato con whisky y con orina sobre los cadáveres nobles. La respuesta que busca aún Filiberto Ojeda Ríos, tarjeta de tiro de los organismos de inteligencia de Estados Unidos. La respuesta que pidieron bajo fuego Lolita Lebrón, Rafael Cancel Miranda, Irving Flores, Óscar Collazo, en la rotonda del Congreso Americano, cuando gritaron la libertad de Puerto Rico.

Poema a poema se hacen las preguntas, se edifican las respuestas. *Luvina* se hace portavoz de esta muestra representativa de poesía puertorriqueña; poemas desde el amor, desde la patria, desde la vida, desde los oráculos que perdemos o las lágrimas que ganamos, desde el adiós o el abrazo que se sueña sin espirales, solamente un sencillo abrazo. Es la poesía el portal que necesitamos... y sobre nosotros los puertorriqueños la pregunta continúa: ¿la libertad nos pertenece, o nos ha sido negada para siempre? La poesía nos dice, desde su gran libertad, que luego de un anochecer, el sol cosecha, en su dominio, cielo nuevo, pájaros en fiesta de rumbos y aire para respirar.

* * * * *

Pero a pesar de todo

Juan Antonio Corretjer

Cuando yo vine
—cabeza desnuda, ojos en el vacío, manecitas tiernas—
encontré una casona amplia
en donde la luz del sol entraba
y el viento removía descuidos de mi hermana.
Era en ese sitio ancho que tiene el cielo arriba
y abajo mariposas, flores, hortalizas.
Después fueron mis pies dos cabritos ariscos
y mis manos, de aves entre las flores y las frutas.
Más tarde, me calzaron la hombría
y hasta un papel con la enredadera de mi nombre
en la pared atónita de la alcoba.
Entonces me separaron del río, de mi caballo,
de mi rifle y mis canciones.
Mi porvenir era, en una mente ingenua,
unos años de ausencia
y una transformación en el regreso...
epílogo: ceremonioso paseo hasta la iglesia.
Pero ah, empecé a fotografiar horizontes
y a imprimir quimeras.
Sobre la mesa del dolor del mundo
edité mi proyecto de vida.
Vi el florido sendero de una dulce
existencia de familia,

Tomado de Manuel de la Puebla, Poesía militante puertorriqueña, vol. II, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1979, pp. 52-53.

adornado con tuestos de claudicaciones.
Un tierno antes de ayer me enviaba
a repetirme. Con los brazos abiertos,
hogar —tranquilidad, esposa, hijos— esperaba...
Pero a pesar de todo he preferido esto...
No habrá boda en el pueblo.
No tirará, sobre los tejados,
piedrecitas alegres, la campana.
Ni habrá vino en la mesa,
ni caracolearán sonrisas en traje de domingo en jarana.
Como ropa tendida,
un mundo se ha caído por la ventana.
Pero tengo una felicidad más mía, más de todos,
porque es también de todos la desgracia.
Ahora soy
un cajón en una esquina
y muchas voces juntas maldiciendo la tiranía.
Ahora soy tan sólo un buen muchacho...
Para todos menos para la policía...

AVISO:

A quien interese el desenlace
que lo busque en la prensa... Cualquier día.

Nueva York, 3 de marzo de 1929

Alabanza de Lares

(fragmentos)

Francisco Matos Paoli

7

*Tomado de Manuel de
la Puebla, op.cit., pp.
120-123.*

Allí, en Lares,
en la refriega del verdor furtivo,
todos los pobres vencen.
El pan amargo triunfa.
Una aureola de padre proletario
desde su cruz persigue a los infames,
a los dueños inauditos del oro.
Para gozar la tierna quebrada del Anón,
todos los pobres se reúnen
en torno a una fogata pensativa:
la eclosión de la tierra
contra las libretas de los trabajadores
que aún llenan las esquinas de parias y de parias.
Contra la esclavitud violenta

moderada por el ocio
y la irrisión mordaz de los capitalistas.
¡Cómo libero el pan en la montaña!
Lo paso de mano en mano,
lo signo con la cruz
y lo bendigo.
Mi madre, con su corona ardua de pordioseros
mal vestidos,
levantando el maná de las lectancias
escondidas.
Mi madre no creía en la separación,
en la ridiculez,
en la blasfemia ofensora del rico.
Era fiel a los troncos humildes del camino
que venían para saciar su hambre
en aquella cocina promisor
de la más fina, soleada amistad.

29

El esclavo sale del musgo escapando del rostro,
contempla el antro estatuido
sin mover la piel,
cree en la contaminación de la belleza.
Se acuesta en el ocaso a repensar
la ceniza que avienta el pordiosero.
Nunca se comunica
con la llama.
Está mudo, pegado al espejo
delirante de cosas.
No conoce los raptos del amor
sino el gran extravío de las nieves extrañas.
Pasa el montañés
y se le presenta
como un ladrón ceñido de impotencia.
No reconoce al héroe.
En tumultos inútiles ya baja
a callar, a callar.
Siempre copia
hasta desmerecer. Porque no tiene nombre.
Ni eclosión de bandera.
El esclavo halaga al amo,
se vende por minucias,
es hijo del pavor,
como topo diviértese en la cueva
con el juego del imperialismo.

Que venga el sol de Lares
a fulminar la carne del esclavo,
a declararlo loco
de blasfemia.

Ciudad 67

Edwin Reyes

*Tomado de Manuel de
la Puebla, op. cit., pp.
140-141.*

Hoy tiene el mundo, la distancia
nueva, un orden rencoroso
para los ojos puros. Me refiero, esté claro,
al asesino aquel del diario de la tarde,
al fiel desesperado, magnífico en virtudes,
que nos legó con sangre
su decisión de niño tenebroso.
No digo esto sereno. Lo digo
sobre un lecho
manchado por mi alma, por la fiera
por la roja evidencia de mi cuerpo.

Una mujer me ha escrito
y aún guardo entre mis manos
la carta humedecida por mi semen reciente.
Fumo con náuseas recordando la vida,
el crimen, dios, Griselda
mi querida Griselda,
desnuda como un puente que atravesé en la noche.

Pero es mía la lluvia.
San Juan me aguarda en breve con sus putas de sada.
San Juan decapitada, cabeza de la patria
que entregó diariamente,
sobre rubia bandeja
a una más rubia Salomé.
Quiero besar bien ebrio con ebrios camaradas,
entre las risas duras,
tus murallas de insomnio, tus zaguanes de miedo,
donde orinan los hombres hastiados de ceniza,
donde pisa la muerte, donde escupo.
Después la noche manda,
el trago, la marihuana
es honda como el amor.
Quizá encontremos algo, ciudad mía,
huyendo por tus calles deslumbrados

los hijos predilectos de un siglo milagroso.
¡VIVA LA DEMOCRACIA! ¡VIVA DIOS!
¡VIVA EL MUERTO!

Un paso.
Y otro
paso.

Quiero llorar
la miseria
el amor

¡LA PUTA VIDA!

Amanecida

Julia de Burgos

Soy una amanecida del amor...

Raro que no me sigan centenares de pájaros
picoteando canciones sobre mi sombra blanca.
(Será que van cercando, en vigilia de nubes,
la claridad inmensa donde avanza mi alma.)

Raro que no me carguen pálidas margaritas
por la ruta amorosa que han tomado mis alas.
(Será que están llorando a su hermana más triste,
que en silencio se ha ido a la hora del alba.)

Raro que no me vista de novia la más leve
de aquellas brisas suaves que durmieron mi infancia.
(Será que entre los árboles va enseñando a mi amado
los surcos inocentes por donde anduve, casta...)

Raro que no me tire su emoción el rocío,
en gotas donde asome risueña la mañana.
(Será que por el surco de angustia del pasado,
con agua generosa mis decepciones baña.)

Soy una amanecida del amor...
En mí cuelgan canciones y racimos de pétalos,
y muchos sueños blancos, y emociones aladas.

Raro que no me entienda el hombre, conturbado
por la mano sencilla que recogió mi alma.

*Tomado de Julia de
Burgos, Antología
poética, Cultural Pa-
namericana, Santo
Domingo, 1996, pp.
49-50.*

(Será que en él la noche se deshoja más lenta,
o tal vez no comprenda la emoción depurada...)

Coincidencias del alma...

Marigloria Palma

Tomado de Rubén Alejandro Moreira, Antología de poesía puertorriqueña, vol. III. Contemporánea, Tríptico Editores, Puerto Rico, 1993, p. 76.

Casi toqué tu mano y en campana ardió el día.
Casi arranqué a tu alma la paloma perdida.
Sólo hubo una palabra que no dijo la lumbre:
amado, sólo amado...

Casi quise quererte; un poquito quererte,
sin mudarme lozana a tu campo poblado.
Algo así como un beso que nos sube del cuerpo
sin abrirse en los labios.

No la fértil caricia sobre el hombre en presencia;
no la huerta, no el vaho...
Dualidad de reflejos incorpóreos... reflejos...
coincidencias del alma.

Algo así como el gozo de la flor recogida,
o tal vez la dulzura de la fruta intocada...
Algo así, pasajero, milagroso... ¡milagro!
Como el eco, el perfume o la flauta del pájaro.

Poema de la gracia y la pureza

Laura Gallegos

Lolita Sicardó

Rubén Alejandro Moreira, op. cit., pp. 148-149.

Para esculpirte en versos leves como las dunas
ahora que me devuelves en tu aire
la fe de las palomas y las palabras,
quiero ser algún día como tú,
roce blanco del más solo latido;
beso y vena tan nuevo que se asoma a la flor.
Como si fueras sólo delgada como un nardo,
un solo nardo negro cincelado en el aire
como ave vegetal,
sin más ojos ni cuerpo, ni cabeza ni lumbre;
sólo silueta y rastro en levedad
siguiendo hasta el cielo que sube.
Blanda como las blandas marinas de las olas,

como la luz que tuvo una vez fuerza rara,
como algunas palabras que nos bordan al tiempo.

¡Tantas cosas que a veces se me tornan azules,
y rosas y amarillas,
y me tiran al suelo como semillas dulces,
otra vez, levemente,
para decir que todos los ríos llaman dentro,
y hay que correr de nuevo, y saltar en las piedras,
aún con el corazón casi sin serlo,
aún hecha muerte,
pero muerte virgen de belleza,
que es ya resurrección.

Todo esto soy y he sido,
y tú vuelves a hacerme ver mis ojos de sueño,
a acariciarme el alma que es hoy sólo poesía,
sólo sola, tan sola
como se siente el aire en sí mismo.

Gloria de ser sentida sintiéndome palabra,
dulcedumbre, sollozo que hace nacer el alma,
emoción y fatiga de saberme viviendo
aún sola y elocuente de dolor tan vencido,
desde esta muerte, aún sola.

A los segados por el fuego en la masacre de Ponce

José Emilio González

No penséis compañeros —¡íbaros vasos rotos—
que ese zumo caliente la tierra lo ha bebido.
Ella empina otro vaso de más sólidas sangres
donde vuestra caída es arroyo más vivo.

Si con lenguas de pólvora, os hablaban de muerte
¡qué pequeño era el eco para el amplio vagido!
Rodaban las miradas cual tronchados cadáveres
de los que en blancos pechos volcaron sacrificios.

Hoy vuestras prietas manos se levantan airadas
por un viento que lleva desolación de siglos.
Desnudos, rotos árboles cuyas ramas son látigos:
en la heroica presencia sois todos renacidos.

*Tomado de Rubén Ale-
jandro Moreira, op.
cit., pp. 179-180.*

Como mujer herida de lamentos
mi corazón ¡oh patria! te sostiene
y el apretado abrazo de la sangre
te levanta hasta el beso de mi frente.

Coronada de gritos me acompañas
y arrastro tu alarido entre las breñas
donde violada fuiste y siempre virgen,
doncella encinta de la libertad.

Madre: en tu pecho ampara mi pupila;
recuéstala por siempre en tu paisaje.
Hospédame en tu entraña quebrantada
y conmueve mi ser hasta tu cima.

Entre los ojos incrústame el lucero,
las cinco puntas de tu madrugada
donde el hombre convoca su coraje
para nacerse de ti desde la muerte.

Principio

Andrés Castro Ríos

Tomado de Rubén Alejandro Moreira, op. cit., pp. 275-278.

Nací como se nace, con la prisa
de vivir para nada sin embargo,
nací en el vientre diario de lo amargo
atropellando el paso de la brisa.

Nací con el deseo de la risa
desenfrenado sobre el mal que cargó;
me hice un muerto de niño, un muerto largo
con el pecho cubierto de ceniza.

Todo lo poseído fue un engaño
que ha venido pisando tantos nombres
sobre la realidad de mi presencia.

Fui creciendo en la cruz año tras año,
inútil y fatal, porque los hombres
una tumba me dieron por herencia.

IV

Mi pecho degolló con entrecejo
tu cuerpo y tu persona acongojada,

ciñendo cada hueso por espada,
y cada hueso gris por aparejo.

¿Quién te da nueva luz? ¿Quién, si me quejo
de tu terrible rostro y tu morada?
¿Qué sistema de luz desorbitada
siguen tus ojos como fiel espejo?

No temo que revivas por tu cuenta
la alegría en el cuerpo de otro hombre,
si el mío ya te dio muerte sencilla.

No temo la venganza que sustenta
el doloroso acento de tu nombre
si en mi nada has grabado tu rodilla.

VIII

Estoy asesorando el abandono
de verme en cada calle con espanto,
como canta en el hombre todo el llanto
la muerte canta en mí, al mismo tono.

Ser hombre como yo, ser un encono
de fuerza dirigida hacia el quebranto,
no se oficia el amor. Oh, tanto y tanto
asombro en cada pecho yo presiono.

Miro con estos ojos de amargura
la soledad terrible de este mundo
circundadora de las voluntades.

A un hombre como yo le es cosa dura
vivir sin el amor: sí, yo me hundo
en el terror de las mortalidades.

XII

La muerte me ha llegado hasta la entraña
socavando a su paso repentino
la vastedad del aire cristalino
que respiraba el cuerpo como hazaña.

La muerte me ha traído su guadaña
recargada del odio de algún vino
que no bebemos ya. Un asesino
zarpazo prometido me acompaña.

Se ha fundado esta muerte, ¿la he fundado?
Sí, lo digo, lo muestro, lo aseguro
con esta aberración de mi figura.

Se ha fundado esta muerte con cuidado
bajo la soledad de un cielo duro,
desentendido de esta criatura.

XIV

Me despido de Dios, de mis asuntos,
de la ciega agonía de los prados,
de los aires ayer acuchillados
por la sal de la muerte y por sus puntos.

Me despido de mí, de los barruntos
acechantes, insólitos, amados,
voy al límite exacto de los dados
golpes que desarrollan sus difuntos.

Me aniquilo, me voy acrecentando
en los filos acérrimos y atroces
que se acercan hurgando mi mañana.

Me aniquilo, oh muerte, y vas logrando
que el río rojinegro de tus hoces
arrastre mi fervor, mi lucha humana.

La otra sombra de la lluvia

(fragmentos)

Marioantonio Rosa

a Helena Méndez... siempre

Tomado de Marioantonio Rosa, Misivas para los tiempos de paz, Isla Negra (col. José Emilio González), San Juan/Santo Domingo, 1997, pp. 47-51.

La vi de espaldas
era libre
estaba ondulada de peces voladores
brillaba
como el zorzal cuando nace de la tristeza
y surge
haciendo el cielo con una cascada milenaria
vacilaba
en seguir adelante, en buscar el pétalo
en desnacer junto al nimbo que sangraba

la vi en la reyerta de sus bocas armoniosas
tropiflora
océano desnudo en gotas y silenciosa sal
acto de magia que descubre
el hielo musical
del sol
el suspenso del arcoiris sin descanso
corriendo
entre sombras transparentes que le hablan
de cómo robar el nacimiento a toda lluvia
de cómo volar sin letras
mayúsculas

(...)

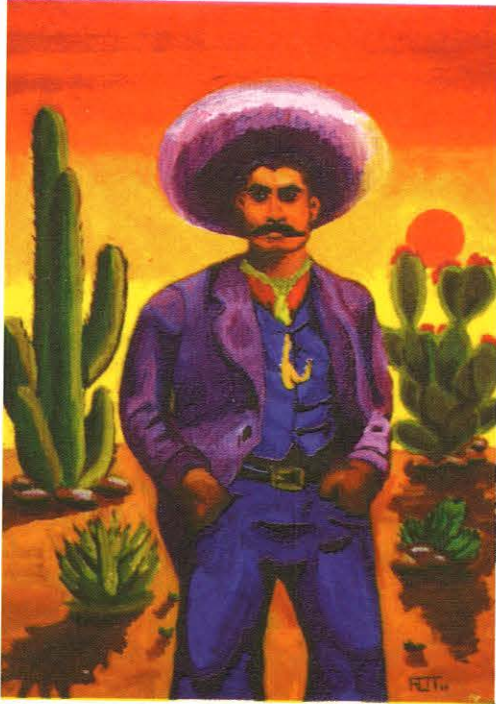
el junco que nos desborda la palabra
la ostra de las nubes muertas
recoge
como avispa invisible las soledades
todo canta sin siquiera una presencia
y reluce
en todos los ventanales de la existencia
ha soltado una extraña rima al destiempo
el rocío la asesina
tatuada de voces impares y sedientas de sonido
no quiere
sentirse sola ni humana ni amada
no derrocha de lluvia su lengua de cristales
no busca el pecho encendido para latir siempre
dulcemente se derrumba en la amapola
ya no tenía salida a la hermosura de su maleficio
seducción tranquila que invocaba
torrenciales aguaceros
musicalmente
opuesta al dolor maduro de la roca
la vi descalza
aguamarina de abismos perfectos
ceiba boreal
caminar en hojas y miradas de una constelación
conquistadora
llegando a sus antepasados
haciéndolos nacer
cayendo al final de cada huella de mis huesos
supe escribir su nombre sin las manos
que miren las señales del aliento al polvo

nublados estaremos en este abrazo
así viviremos
sin respirar en la eternidad de las palabras
vi el minuto que le dio otro idioma a su firmeza
un minuto que ha sido como un nido
un nido que ha sido como el insomnio
un bosque que no pone a dormir
a su celeste verde
donde toca su cintura la frontera
aguas donde la veo

temporales que esperan a sus olas
olas que nunca han sido de agua
solamente páginas
aguas del insomnio
que hablan en su flama ensangrentada
flamígero ensueño del temporal a todo sol
vuelo a verla como en un principio
sola
libre y sembrada de himnos y silencio
empieza a sentirse como mis ojos
como mi cuerpo
como mis palabras
empieza a vestirse como yo lo haría
si ella
me encontrara solo y me inundara
una señal de sueño busca la frente
su frente o la mía
el tragaluz del poeta
crecido en los musgos de las imágenes
actos de poesía en agua
o lluvia que no reconoce su territorio río
o mar enemigo de su cadencia azul a muerte
caminar de los segundos hacia el número
un segundo de alta cópula
lenguaje en los pies de la semilla
no quiere andar
suena y sueña respira y tiembla
brilla entre las ruinas
de su frente o la mía
súbita entrega del cuerpo que no espera de ella
entrega para siempre del cuerpo en palabras nacidas

bajo lluvia.

Primera pintura, 1977



El juego de sentidos que se esconde en la palabra *Desmothernismo*, exposición organizada por Tyler Stallings, comisario del Huntington Beach Art Center, California, y que ahora tenemos la oportunidad de visitar en el Museo de las Artes, alude a una aproximación sar-

cástica y socarrona hacia algunos de los procedimientos que caracterizan la producción del arte contemporáneo.

Explotando con morosa inteligencia el terreno del *kitsch*, Rubén Ortiz Torres recurre



La diabla cola loca (fragmento), 1997

a la apropiación de objetos que provienen de las más diversas fuentes y los recontextualiza con una carga de ironía

que les imprime una fuerte tensión sígnica.

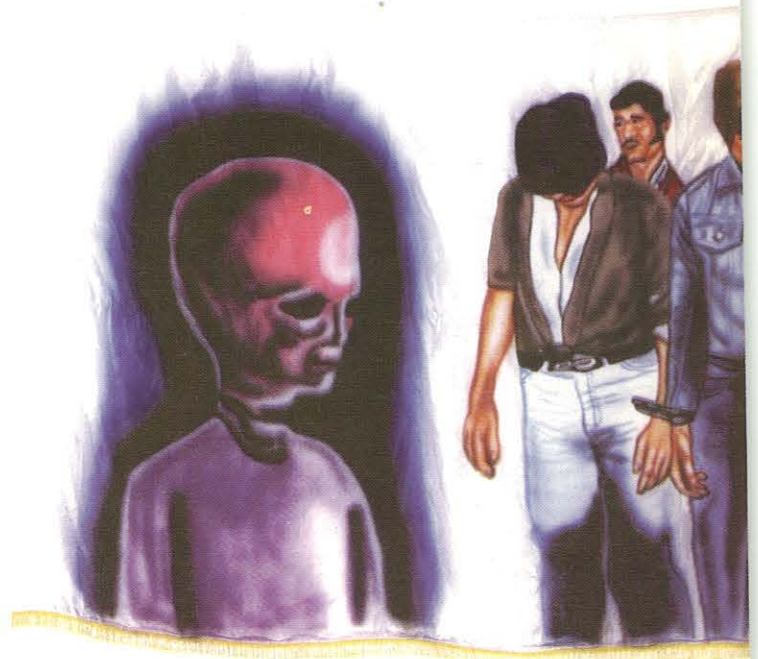
Esta tensión revela una mirada suspicaz y recelosa que toma por

asalto el concepto de límite. Con procedimientos como la adaptación, la mezcla y el reciclado, Ortiz Torres utiliza objetos extraídos de la cultura popular y de la cotidianidad de las cul-



Convertible Spaceride, 1998

turas marginadas de la sociedad industrial (cachuchas de beisbol, marionetas, caricaturas, imágenes tradicionales), para reconfigurar y reinterpretar las fronteras entre la modernidad y la tradición, lo propio y lo extraño, la



Empire Strikes Back /La tierra es de quien la trabaja, 1997



identidad y la diferencia. En sus pinturas, *collages*, videos e instalaciones, podemos ver cómo se aglutinan y se transforman, a veces en diálogo chocante, imágenes en las que

se mezclan Emiliano Zapata y Speedy Gonzá-



Piolín, 1998

lez, Bart Simpson con atuendo de indio, la figura entrañable del *alien* con la actitud retadora del chicano. La mayor parte de las veces, esta mezcla que pareciera

arbitraria e irreverente se presenta no tanto como una invención del artista sino como un hallazgo perceptual que invita a exponer y reinterpretar los mecanismos culturales, polí-

ticos, sociales y estéticos encarnados, en la vida real, en esa mezcla.

Quizá ése sea el mayor

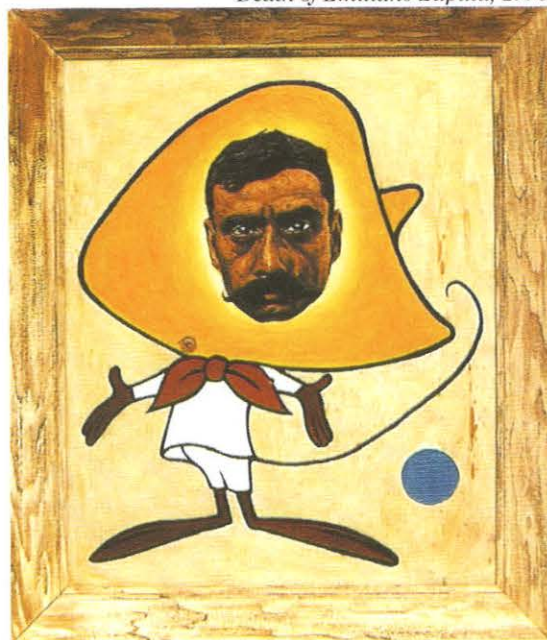
mérito de la obra de Rubén Ortiz Torres: mostrar cómo aún los signos que nos mueven al culto o a la admiración, se constituyen en re-

Cruising with Black Nikes, 1997



ferentes equívocos y polivalentes de nuestra identidad, y cómo incluso los símbolos que están fuera de toda sospecha terminan por revelar los rasgos de genial impostura que les dieron origen. (Baudelio Lara)

Death of Emiliano Zapata, 1993



Alaska

Eugenio Partida

Fuimos contratados para trabajar en la Isla de Saint Paul, en el mar de Bering, en Alaska, por la Trident Co., que procesaba y enlataba pescado y cangrejo para el mercado australiano y el japonés. Se nos advirtió en los instructivos que a partir de nuestro vuelo en el aeropuerto de Seattle, Washington, la comunicación con el «exterior» (ésta fue la palabra que emplearon) sería muy errática.

Los otros tres factores por considerar eran los siguientes: a) debido a lo impredecible de la industria pesquera no había garantía de las horas de trabajo; b) instalaciones y servicios médicos y dentales no serían factibles de inmediato; c) se requería tolerancia, ya que la compañía contrataba personal de los más diversos estratos étnicos y sociales.

Volamos once horas y aterrizamos en Dutch Harbor, donde inmediatamente abordamos un helicóptero enorme que parecía un aparato militar. Descendimos en Saint Paul Island, nos recibió una luz rojiza que confundimos con un hermoso atardecer y luego sabríamos que eran los extraños y difuminados colores de la aurora boreal. La figura enorme y cuadrada de la planta procesadora dominaba el paisaje, manchado por la contaminación de basura, desperdicios industriales y cadáveres de maquinarias obsoletas o averiadas. Había un faro, un puerto, una serie de bodegas y cobertizos y una callecita lodosa que parecía un set olvidado de una película del oeste, donde al final unas letras grandes y brillante anunciaban ¡BINGO! No se veía a nadie. Todo tenía color mohoso. De la planta salía un vapor blanco. Al bajar del helicóptero nos recibió una bocanada de frío y dos hombres nos llamaron a seguirlos en medio del viento de las aspas.

Eugenio Partida (Ahualulco de Mercado, Jal., 1964). Narrador, ha publicado el libro de cuentos En los mapas del cielo y la novela La ballesta de Dios.

Dentro de los cobertizos diseminados y conectados alrededor de la planta los espacios para las literas eran muy reducidos. Había de cuatro a doce literas por sección. Los mexicanos, que no llegábamos a quince, fuimos acomodados en una sola sección. Había calefacción funcionando todo el tiempo al igual que dentro de la planta. De los quince mexicanos sólo dos habían estado antes en bases remotas. Las edades oscilaban entre veinticinco y treinta y cinco años. No obtuvimos mucha información de los que ya tenían experiencia, porque según ellos en cada lugar era diferente.

Como nos daríamos cuanta después, el resto del personal se componía de un grupo de americanos *white trash*, o «basura blanca», rubios, tatuados, que no hablaban ni se mezclaban con nadie que no fuera de ellos. Había un negro llamado Forrest contratado como ayudante del cocinero. El resto eran asiáticos, de origen taiwanés, filipino y vietnamí. Los asiáticos conformaban la mayoría. Según se decía, los preferían por ser bajitos, comer poco y porque eran buenos trabajadores.

Inmediatamente comenzamos rolando turnos de cuatro horas con dos de descanso, mientras nos aclimatábamos al trabajo y las condiciones. Después del trabajo se tumbaba uno en su litera a escuchar música en el *walkman*, a mirar con curiosidad el exterior por la ventanita o a leer mientras volvía a llegar el turno. Al principio los nuevos hacíamos todo con celeridad, caminábamos por los pasillos sonriendo al encontrarnos con los otros y en los intermedios tratábamos de entablar conversación. El comedor era un espacio idéntico al de alguna universidad. La dieta consistía exclusivamente en pescado y verdura. Grandes montañas con sacos de verdura deshidratada se apilaban en los refrigeradores. Los cupones podían ser utilizados dos veces por día y sólo en el día indicado.

Un día fue pasando a otro y poco a poco fuimos cambiando. Había jerarquías, distinciones de raza y puestos. Los veteranos no estaban dispuestos a perder el tiempo instruyéndonos. Ante lo repetitivo y monótono del trabajo y lo agotador del sistema de rolar turnos comenzamos a caer en el mismo silencio de los veteranos. Cuando llegaba uno al espacio

de la litera, alguien en la barraca quería dormir porque había acabado su turno, mientras el otro se preparaba para comenzar su jornada, o viceversa. La música a sonido abierto estaba prohibida y había que acostumbrarse todo el tiempo al *walkman*, transitar en silencio, dormir con la opaca luz encendida y leer en la penumbra.

Mi trabajo consistía en palear cangrejo congelado para que entrase a las bandas procesadoras. El cangrejo se formaba en bloques y había que desbaratarlo a barretazos sin dañarlo, luego palearlo a las bandas y sacar los sucios trozos de hielo. Los mexicanos hacíamos ese trabajo. En cierto modo estábamos en desventaja, porque dentro de las cámaras hacía frío, había que usar equipo especial y se estaba mojado y engripado todo el tiempo, mientras que quienes trabajaban en la planta procesadora tenían calefacción y fuera de los guantes de hule no llevaban equipo especial. Nuestra ventaja era que una vez dentro del frigorífico ningún capataz volvía a molestarnos mientras el pescado estuviese saliendo regularmente por las bandas.

Cada cierto tiempo un barco de unos ciento cincuenta pies de largo que llevaba el nombre Mar de Bering y que era remolcado por un bote llamado *Tug* descargaba en las compuertas de los frigoríficos; había que estar atento para no quedar sepultado en la avalancha. El cangrejo llegaba increíblemente limpio, era raro ver una sola pieza de otra especie; tenía aproximadamente treinta centímetros de grande y era grueso y pesado. En el frigorífico se iniciaba el proceso que terminaba en la sección compuesta enteramente por mujeres esquimales, quienes empacaban en cajas que se iban almacenando. La zona del producto terminado estaba prácticamente cerrada para los de la planta de proceso. Quienes trabajaban del otro lado eran empleados de base, vivían en casas dispersas alrededor de la planta, y los mayordomos y los operadores de máquinas habitaban en la callecita lodosa.

Una vez que mediante el sistema de rolar turnos cada uno de los nuevos aprendió a hacer su función, se inició otro proceso. El capataz se paseaba con la libreta donde anotaba las horas trabajadas por cada uno. Su actitud, al principio alerta para

señalar fallas en el desempeño, había cambiado. Comenzó por dar más horas de descanso. Un *white trash* apareció paleando en el frigorífico, aparentemente destinado sólo a los mexicanos. Los asiáticos comenzaron a acaparar más horas. Lo hicieron formando grupos con una especie de líder. A los cabe-cillas se les veía hablando y riendo continuamente con los capataces. Si querías trabajar había que lamer culo, mostrar excesiva disponibilidad. Los capataces aducían que había demasiado personal, había que darles horas a todos, ser justos, etcétera, y acabaron ofreciendo horas a cambio de un porcentaje. Quienes mostrábamos poca disponibilidad a lamer el culo de los mayordomos éramos tratados con desdén por los otros, como si el hablarnos fuera a comprometerlos.

En el primer mes llegó el helicóptero trayendo la paga, correo y medicinas. Tanto las medicinas para la fiebre y las enfermedades respiratorias como bolsas de chocolate nos eran proporcionadas junto con la paga. El chocolate nos daría calorías para trabajar. El primer cheque llegó descontando parte de los costos de transportación, con una nota que decía que el dinero se reembolsaría al cumplir los seis meses del contrato. En caso de no cumplir el contrato, los gastos de transportación serían pagados por el trabajador. Los filipinos se paseaban por la sección organizando juegos de cartas para jugarse la paga.

Una vez que quedé entre los que seguiríamos rolando turnos hubo tiempo de salir al exterior. No se sentía de inmediato la mordida del viento helado. El aire parecía puro y delgado, pero después de unos minutos se caía en cuenta de cómo la temperatura del cuerpo iba bajando y las partes expuestas, la cara y las orejas, se insensibilizaban y uno orinaba continuamente.

Un viejo sucio anglosajón controlaba los negocios de la callecita. Tenía un almacén con artículos de cacería, ropa, impermeables, artículos de baño, etcétera. Pero era normal no encontrar, por ejemplo, pasta dental o cerillos durante semanas. El mismo viejo regenteaba el local de Bingo, a donde iban casi exclusivamente mujeres esquimales. Había bancas y mesas largas, los domingos se sentaba

el viejo rubio en el frente con una jaula dorada, donde mediante un mecanismo de aire las bolitas con números saltaban y en la pared las letras BINGO prendían y apagaban con foquitos, como en los juegos de las ferias. Las esquimales hablaban entre sí a grandes voces, luego alguien gritaba ¡Bingo! Todo era feo y sórdido como un circo de pobres. En la sala siguiente a la del Bingo funcionaba una mezcla de bar y café. En el salón de Bingo no parecían ser bienvenidos los extranjeros. En el café, la mujer del viejo rubio, una esquimal vieja y sucia, prostituía a jóvenes esquimales y vendía tragos de whisky barato de maíz. La mujer sabía decir ¿quiere coger? en inglés, español, tagalo, vietnamí, etcétera. Los domingos, las prostitutas esquimales se sentaban en sillitas acomodadas contra la pared y uno las veía con estupor: bajitas, regordetas, con el rostro impenetrable de las razas puras, manchadas de un maquillaje que las hacía parecer máscaras totémicas. En la callecita siempre había esquimales borrachos; al principio asombraba verlos tirados a la intemperie, luego nadie prestaba atención. Formaban parte de la devastación del paisaje. Uno los creía muertos y a la semana siguiente volvían a aparecer por ahí, con sus harapientas ropas compuestas de chaquetas, camisas y pantalones encimados. Pedían desesperadamente unas monedas y a veces llegaban a tocar en las ventanitas de las barracas de los trabajadores, sin hablar, con el rostro hinchado y desencajado del alcoholismo.

Fuera de la planta y de la callecita uno no podía alejarse más de cien metros. Primero porque el frío calaba, y segundo porque no había nada que ver: una estepa blanca que se extendía sin gracia en la distancia, y del otro lado un mar gris picado y sucio. Había un hedor de componentes químicos y el vapor salía a grandes bocanadas, se trabajaba veinticuatro horas y el mecanismo de máquinas y hombres funcionaba.

El helicóptero y el vaporcito mercante eran los únicos que rompían la rutina. Los del vaporcito eran una rusa y un mexicano. La mujer iba vestida como una esquimal, tan blanca como la cera y hablaba solamente ruso. El mexicano iba sucio de aceite, tenía la nariz roja de los bebedores y hablaba varias

lenguas. Durante los meses siguientes estuvieron atracando en el puerto y permanecían durante algunas horas. Acomodaban en la cubierta productos que venían a ser casi tesoros: botellas de chile El Torito, whisky, marihuana y baterías para el *walkman* eran los productos más vendidos; la rusa no tenía precios fijos, por lo que podían alcanzar montos desorbitantes de acuerdo con la demanda.

El primer síntoma de descomposición fue el aseo. Al principio uno lavaba su ropa en las lavadoras (a las cuales había que ponerles monedas de veinticinco centavos, difíciles de conseguir) y procuraba mantenerse limpio. Luego, cuando se caía en cuenta de que el mal olor acababa por ser parte de todo, hasta del jabón; un olor a pescado descompuesto, a pies, a animales hacinados, a retretes taponeados, a ropa podrida, acababa uno yendo con la misma ropa y durmiendo con los zapatos puestos. El cuerpo se acostumbraba al trabajo, y el trabajo a su vez se convertía en la única opción para romper lo desesperante de un día en que no sucedía absolutamente nada. Uno terminaba harto de oír una y otra vez los mismos casetes y de leer una y otra vez las mismas letras. Leí no sé cuántas veces *Muerte en Venecia* y otras historias de Thomas Mann, un libro inadecuado, que creí me mantendría en el mundo exquisito de la literatura. Leí cientos de palabras de libros vaqueros, novelitas de investigadores, *trashy books* con portadas a *Lo que el viento se llevó* que rondaban por ahí. Mi mente se iba llenando de diálogos como: «¿Quién eres tú, truchiman? —dijo Rupper, azorado. —El justiciero —respondió la voz, serena bajo el antifaz.» Y si aún así todavía te quedaba orgullo para no ir con el capataz y ofrecerle fingida simpatía, humildad y dinero a cambio de más horas de trabajo, comenzabas a preguntarte qué o quiénes eran «la compañía».

Agotadoras jornadas continuas seguidas de largas horas sin nada que hacer.

Pero yo era un escritor, me decía, y podía o debía usar mi tiempo libre para escribir. Me tendía bajo la luz mortecina escribiendo un cuento, un cuento sobre un país cálido, pensaba. Escribía y arrancaba las páginas. Quería escribir un diario también. El cuaderno se acabó sin que quedase nada escrito.

Seguí escribiendo en trozos de papel. Casi todo el dinero se iba en whisky y marihuana que le compraba a la rusa. Temeroso de que un día el vaporcito no volviese, acumulaba bajo mi litera, en la mochila, en grietas de la madera, pequeños sobres con marihuana, y repartía el whisky en botellitas que también ocultaba, temeroso de que me las robaran.

Algo se iba quebrando dentro de uno. La enfermedad de la depresión. La sensación de abatimiento. El invierno disminuía e iba apareciendo más luz durante el día. Uno deseaba volver a vivir ese suceso maravilloso de los días brillantes y las noches oscuras. Paleaba con furia en el frigorífico y odiaba al que llegaba a sustituirme, porque sentía terror de volver a mi litera a tratar de escribir. Tirado en el pequeño espacio, respirando el aire contaminado de la planta, haciendo cola en el retrete hediondo, atisbando por la ventanita la llegada del vaporcito, en todo momento me obsesionaba la idea de escribir, pero mi mente no creaba ideas, solamente deseaba el acto de escribir como sustituto de actividad emocional.

Una plaga de caspa comenzó a caernos a todos. Comenzamos a rascarnos como monos. Se extendió al cuerpo y había que hurgar entre las ropas para rascarnos. Mi mente estaba acorralada. Pensaba y pensaba sin parar en cosas del pasado que pudieron haber sido, que pudieron ser; imaginaba escenas y diálogos, y en las noches, cuando podía conciliar el sueño, soñaba estar desintegrándome en pedazos, con los dientes podridos, el cabello cayéndose. Te tornabas irascible, percibías el odio en tus compañeros. Hablábamos el mismo idioma pero vivíamos en mundos diferentes, nos detestábamos pero sonreíamos, conversábamos, hacíamos viajes al café del Bingo cuando coincidíamos en el descanso, para reafirmar que estábamos juntos, porque sentíamos peligro en quienes eran distintos a nosotros. Nos apretábamos en grupo como en manada. ¿Quién nos había contagiado esa caspa asquerosa? Decíamos que seguramente esos *white trash*, esa basura blanca de cabellos largos, piojosos. ¿Quiénes iban a robarnos nuestros cheques, nuestra marihuana, nuestro whisky? Seguramente esos vietnamíes hipócritas que uno nunca podía saber en qué pensaban.

Porque no teníamos más horas, porque no estábamos haciendo el dinero, el *over time* que esperábamos, por culpa de esos filipinos lameculos, miserables. Y esas mujeres empacadoras, buenas para nada, feas, viejas, incapaces siquiera de reír un poco para alegrarle a uno el corazón. Como no había oportunidad de estar solo en las barracas, nos masturbábamos en el baño del local de Bingo; cuando alguien se tardaba la mujer sonaba la puerta con un palo, creía perder dinero.

La planta seguía funcionando. De repente, como si tuviera que ver con la gradual desaparición del invierno, otro barco llegó a alimentar la planta. Supimos que el helicóptero se había estado llevando gente enferma. Se prohibió el alcohol y hubo un auge en el trabajo. En el momento en que el ambiente parecía una olla a punto de explotar, el trabajo llegó para todos. Con el arribo del otro barco la planta funcionó a marchas forzadas y todos pensamos sólo en hacer horas, ganar dinero, y veíamos con alivio que habíamos avanzado más de la mitad del contrato. Pero en el comienzo del mes siguiente la planta se colapsó. El helicóptero llegó y el capataz leyó algo como un edicto, enviado por el «mando supremo» de la compañía. Se solicitaban voluntarios para seguir la temporada en Dutch Harbor, donde la pesca estaba funcionando. Se extendería hasta septiembre. También habría espacio para quienes quisieran volver esa misma tarde en el helicóptero, sin reparo de utilidades, perdiendo los beneficios del contrato, pero la compañía pagaría los gastos de regreso hasta Washington.

Cuando el helicóptero ascendió, en un día claro, dimos la última mirada al lugar donde habíamos estado: un punto sucio de desechos industriales, un caserío en medio de una estepa que comenzaba a deshielarse y que sólo era bella, agradable de mirar desde lo que debía ser la vista de Dios o mediante técnicas cinematográficas, pero no a la pobre altura del hombre en dos pies caminando entre su propia basura. Los hombres que habían estado ahí, trabajando diez, quince años, fieles a la compañía, no tenían el aire indómito y triste de la gente que vive en la naturaleza; se habían vuelto mezquinos y envejecido prematuramente.

El helicóptero hacía ruidos con el radio encendido llamando a su base, creando una sensación de tecnología sofisticada. De Dutch Harbor fuimos a Exxon Valdés, donde nos hospedaron para salir al día siguiente en otro vuelo. Volver a dormir en una cama, estar en una ciudad. En Exxon Valdés se iniciaba otra temporada: la de los hombres que regreaban. Había auténticos *night clubs*, juegos de azar, autos yendo y viniendo, rubias prostitutas texanas en la calle. Algunos se quedaron en Exxon Valdés, como aferrados todavía al sueño del oro del Yukón. Seguimos el viaje al día siguiente y después de quince horas con paradas en distintos puntos en Canadá llegamos a Bellevue, en Washington. Fuimos abandonados a nuestra suerte. Éramos los primeros en volver. Nadie nos dijo adiós y entre nosotros nos despedimos con fingida camaradería.

En las calles de Seattle desfilaba otro mundo, pero bajo aquella fluida capa de aparente prosperidad la maquinaria seguía funcionando: cientos, miles de «compañías».

Tomé un Greyhound y tres horas y media después estaba en Vancouver, Canadá, sin razón alguna para estar ahí. Renté una habitación en un hotel de mala muerte que tenía un bar abajo. Compré un mazo de cuartillas y las acomodé en la mesita para escribir, bajo la luz de la ventana. Pasé una semana viendo programas bobos de TV y dando largas caminatas. El invierno estaba yéndose y en las plazas, recibiendo los rayos de un sol desvaído, yonquis, indios americanos, esquimales, negros, blancos, latinos, destruidos por el crack y la heroína. En las esquinas, trabajadores sociales repartiendo jeringas, previniendo con leyendas y panfletos acerca del sida. Me detenía en las bancas para observar las grotescas máscaras del fin de siglo. Afuera de una tienda Giorgio Armani un hombre harapiento tocaba el blues. Llevaba al cuello una armónica, con los pies accionaba un mecanismo que hacía las percusiones, y tocaba un bajo conectado a una bocina. Era un blanco, seco como un palo. De la tienda Armani salió una hermosa mujer, alta y vestida de negro. Llevaba cajas con el logotipo de la tienda y caminaba exhalando perfume, cremas, maquillaje, el mundo que esa misma sociedad producía para sus triunfa-

dores. El hombre blues la siguió con la mirada sin dejar de tocar «*chillout, babe, things gonna change for you*» (bájale, nena, las cosas van a cambiar para ti.)

También yo tenía otra vida en alguna parte. Levanté el teléfono del bar pero no llamé. Seguir vagando por las sucias ciudades canadienses y americanas. La norteamericana de los *bartenders*, meseras, bailarinas, porteros, hoteles de paso, la monótona constelación de ciudades atravesadas por supercarreteras que sólo conducen a otra ciudad idéntica. El blues y los *outsiders*. No dejarse atrapar por el sistema. La mirada por la ventana del hotel de Vancouver antes de marcharme con las hojas en blanco, recordando que Tomás, el protagonista de *La insoportable levedad del ser*, mira también desde la ventana en el momento en que el autor lo concibe como un personaje.

¿Por qué no podía yo concebir un personaje?

Mirando por aquella ventana pensaba que el instante crucial sería ése, cuando bajara a llamar por teléfono. No llamé. Entonces volví a la habitación y pensé en mí mirando por la ventana pensando en Tomás.

Porque yo mismo era mi personaje.

Y si me quedase suspendido en el momento de la imagen de la ventana, no tendría que encaminarme a otro fracaso.

En el momento en que estoy hablando con un parroquiano en el bar de abajo, con mi saco de viaje en los pies. Dice haber sido piloto. Quebrado y destruido a los cuarenta, los ojillos crueles y maliciosos de los perdedores americanos. Se emociona un poco al hablar de Alaska: «Al despegar en la península de Seward», dice, «en las mañanas claras los pilotos podíamos ver las costas de Rusia.»

British Columbia, Canadá, 1996

Naturaleza muerta

Jorge Antonio Palmer Sellek

Soy constancia de la mutación de mis padres
y de esa pregunta sin respuesta
que ha venido trascendiendo las edades
para venírseme a encajar en el costado.
Mi madre miraba con una súplica todas las cosas
como si los fantasmas de la idea
recorrieran petulantes sus ojeras
para envolverla
con el descabello de sus cabezas muertas.
Mi padre tiene un ángel que lo engaña
una esperanza acorralada que le desangra el gesto
y le obliga a esperar cuando mi madre
llama a la muerte para jugar con ella
y la mete en la cama y sueña o mejor
cree que sueña.
Hay un pedazo de mí
que llegó siete años más tarde
acostumbrado a pegar la lengua en las vitrinas
donde las putas exponen sus historias
de amarillas disciplinas
mientras esperan la vuelta del cliente
éste que no sabrá lo que es un verso
ni los demonios precipitados entre las manos de un violín
que dirá como todos que en la luna hay un conejo
cuando yo veo un gusano éste es hermano mío
piensa que una voz depurada es suficiente
cuando se trata de gobernar el mundo.
Yo creo que este catafalco en el que navegamos es demasiado estrecho
mi madre desearía que el viaje finalizara lo más pronto
y me pregunto si estará segura
de que tengamos rostros nuevos en la aurora.

Jorge Antonio Palmer Sellek (La Habana, 1975). Ha realizado estudios de teología, es pintor, poeta, y tenor en un grupo coral juvenil de La Habana.

Urbana IV

Álvaro Morales

Siempre existe una mujer para cada ocasión,
se instalan en la esquina del alma
sabiamente, en el oficio de los siglos
Contonean, coquetas, nuestra debilidad
cómplices de nuestro ardor
Se dan cuando el viento sopla tus velas
Te regalan el amuleto de sus deseos
Nunca están dos veces en la misma esquina,
por eso cuando las buscas,
queda sólo el rastro de su aroma en tu dolor
y aunque existe una mujer para cada ocasión,
las más de las veces estoy solo,
extrañando una esquina vacía,
un amuleto a precio.

Álvaro Morales (Guadalajara, 1963). Poeta. Ha publicado Nombrar lo creado (El Arlequín, 1996).

Toque de queda

León Leiva Gallardo

*Y el niño miraba en la pupila de Abel el ojo homicida de Caín
y en la indefensa pupila de la pobreza el ojo implacable del poder.*

Pablo Antonio Cuadra

Era una noche de agosto, días después de las bombas, días después del apagón general y días después de que nos diéramos cuenta que ya era hora que nos tocara, el sismo, el corazón. Nel. Que paro general, que los derechos constitucionales, que la ley de fuga, que las criaturas de las calles. Nel. Ya con algo de asombro, con algo de idiotez, chapaleando, como diría una canción, entre el delirio y la ternura, estupefacto, en el estudio de Felipe, fulminado por unos días, por unos días estéticos y estéticos, embullido entre líneas y sombras. Yo. Asomándome apenas a novelas de cataclismo y desastre, pupilo apenas del que había estado por una estación en el infierno: con alucines de tinta china en mi espalda, un transeúnte, un esbozo, un personaje enajenado; con calambres, y Felipe que me aburría con la pintura rupestre, con la pálida, y Felipe que la columna y el dintel. Desesperado, y a la vez sin poder cerrar mis ojos ya fijos en un bosquejo de Daumier, sin poder reorientar mis oídos que auscultaban el zumbido del tornillo sin fin que perforaba mi conciencia. Y no aguanté y decidí salir a caminar. Felipe quedó hablando solo.

Perdido también en mi propio embrollo, me hundí en divagaciones que se le vienen a uno. Entre más conozco al hombre más comprendo al criminal, pensé casi en voz alta, y caminé repitiendo lo mismo hasta que se me vino el recuerdo del día de mi primera comunión, cuando le tiré un dardo de esperma al cura que gregoriaba. Así comenzó todo, pensé, sin dejar de andar. Esa noche en otra ciudad, y afec-

León Leiva Gallardo (Amapala, Honduras, 1962). Reside en la ciudad de Chicago, donde ha realizado estudios en psicología, literatura inglesa y literatura iberoamericana. Su poesía y sus cuentos se han publicado en revistas: Apocalypse, Fe de erratas, Tres Américas, Abrapalabra (Univ. de Illinois-Circle), y en las antologías: Cuento esperante (Univ. de Northeastern Illinois, 1996) y Astillas de luz (Chicago, 1998).

tado ya por mis años de vacilaciones, caminando por las calles tardías, me convencía de que el criminal era un ser más consecuente que el hombre común. Caminé un buen rato bajo la llovizna, pensando en eso y en todo, medio turbio a la deriva y fumando, fumando.

Muchas veces las había caminado, las calles, pero esa noche las miraba raras, tal vez porque el delirio ya me iba calando. Lo raro era que pasaban pocos carros. Entonces caí en cuenta, y me apuré al ver el reloj. A ver si encuentro al Cabra, pensé, volviendo a encender el purito que la lluvia apagaba, a ver si encuentro al Cabra; hasta que, esta noche voy a hacer una maldad, se me metió como un susto, con ese eco que a veces da miedo, con ese miedo que a veces da equívocos. De todos modos todo mundo anda zombi hoy: me gusta caminar bajo la lluvia.

Pasé por el hospital San Felipe, valga la redundancia, y me detuve a mirar a unas mujeres que lloraban. Cuando me vieron, como que les dio vergüenza y se dieron vuelta para chillar más, a escondidas. Me dio algo de asco ver aquellos pelos grasientos, y algo de basca ver lo larga que era la fila hacia la entrada. Ya me quería dar la pálida. Entonces saqué un cigarro y lo prendí entre mis manos encopadas. Estaba haciendo frío, o yo me estaba haciendo frío, faltaban veinticinco minutos para el toque de queda, y el *coferri* me alivió.

Seguí caminando por la avenida La Paz, a paso lento. De vez en cuando relampagueaba, pero no tronaba. La tormenta parece que se acerca, pero no llega, siempre no llega.

La ciudad se miraba tranquila de noche, sin los peatones. Los carros pasaban como de película y la lluvia los hacía verse intocables, además que el sonido que hacían al pasar no era el mismo de siempre. Ahora pasaban con la caída del agua. Después de un lapso abrutado paró un taxi a unos pasos de la acera por donde yo andaba y una voz láctea me preguntó si quería un jalón. Le dije que no con un gesto necio y el carrito amarillo desapareció por el redondel de Bolívar. Como un perro amarillo desapareció. Después comprendí por qué el taxista había parado.

Avenida La Paz, cuántas veces la había cami-

nado y cuántas veces me había sorprendido. Hubo una vez que la confundí con la de Los Próceres —o era la misma—, la imaginé un augusto bulevar, los bustos perseguidos de acacias, acacias rosas, acacias bastardas, acacias falsas, detrás de las frentes altas de los próceres. Pero la avenida esa noche estaba sola, una calle apenas, no un bulevar. Y los bienhechores pesaban por su ausencia.

Dos o tres cuerdas más abajo vi una cipota sentada en las gradas de una oficina con paredes polarizadas. Temblaba y encogía los pies del frío. Cuando pasé de cerca me miró con los ojos brotados y grandes, negros, como los del harapiento de Daumier. Y seguí mi paso, ya alucinado, y con la inquietud de volver a verla. Luego paré de un solo y vi el reloj, faltaban veinte minutos para el toque de queda, todavía tenía tiempo. Cuando volteé a ver, noté de nuevo los ojos aureados de la pordiosera y le hice una mueca que oscilaba entre burla y ternura, una mueca M, pensé, con risita en las comisuras. Ella se encogió más y se aferró contra los barrotes de la entrada. Al ver que la harapienta tenía miedo y abusado ya por una avidez campante, caminé sin darle cabida a la duda, hasta encontrármela y machucarle los pies: hasta encontrármela y machucarle los pies. La tontita echó un berrido de gata y apretó los pies contra la grada. Yo me devolví más violento aún y esta vez tiré una patada a lo que encontrara enfrente. El bultito dio un grito sin aire y se fue de lado. Por qué entonces me acordé cuando empujé a Arsenio contra los alambres de púas, sólo ahora lo comprendo.

Seguí caminando como si nada, para no despertar malicia. Con los pasos y con la lluvia el llanto se fue haciendo gemido.

Anteriormente había soñado algo parecido, un sueño recurrente, un viejo mendigo que, al yo pasar por su acera, extendía la mano en suplicio y, desde otro tiempo, yo, o mejor decir mi mano fantasma, mi mano blanca o mi mano fría o mi mano huesuda, por debajo de una capa, sacaba un sable, pero de hielo, y se lo ensartaba con fuerza en el abdomen: para que no tenga hambre, miserable, la voz que se repetía. Y él apenas una mirada, la mirada más agraciada. Lo soñé varias veces al viejo, como practi-

cando un ritual del espíritu. Lo soñé sin comprenderlo, aunque sí sentía el poder que mi voz tomaba, el filo que mi voz agarraba después de herirlo mortalmente. Ésa tal vez había sido la intuición.

Esa noche, bajo el agua, sí comprendí los motivos del criminal. Los motivos del criminal sólo se revisten, acaso como armas bajo un velo, y no son hipócritas. El criminal hace por sí mismo, pensé, lo que el filisteo hace por su horda: la piedra del sacrificio, el cenote, la cruz, la estaca encendida, la sogá, el garrote, la guillotina, el paredón, la silla eléctrica, la inyección, todos, han sido procurados por las manos del bien. Esa noche lo sabía tanto que había decidido hacer una maldad.

Seguí caminando. Cuando ya me fui acercando al sector de la Embajada, vi los jureles con sus lanzagranadas. Amigos míos, pensé. Pero no, luego corregí. No. Éstos son agentes del porvenir, mis enemigos. Y no me bajé de la acera que estaba marcada con señales, letras y líneas amarillas que prohibían estacionamiento —en el fondo, el paso mismo de la ciudadanía—. Seguí caminando, ya con palpitaciones, y como desde otro tiempo los vi, impenetrables, con armaduras de medioevo futuro. Con éstos me voy a tener que pelear el hueso, pensé de nuevo. Seguí caminando aunque uno de ellos ya se estaba poniendo turbio. Caminé haciéndome el tranquilo, acordándome que iba para Voces Universitarias, a ver si me abre el Cabra, diciendo en voz baja, tres cuadras más abajo, a la vuelta del puente, y miré el reloj. Faltaban diez para el toque de queda.

Dudé unos segundos, me hice el argentino, para no levantar sospecha, y me di vuelta como que si hubiera olvidado algo. Los ojos de la pordiosera me perseguían y decidí regresar a buscarla. Ahora sí, pensé, caminando ya con la viscosidad de la ira, con la ira del ciego, con la ceguera de dios. A la distancia, en la esquina, los pies de la pordiosera, que todavía se retorcián, mugrientos y pataleando el dolor en las costillas partidas. Ahora sí, pensé, apurando el paso, mientras que el agua enmudecía el contorno y yo sólo oía un zumbido parecido al silencio. Ahora sí, mis pasos precipitados y las palpitaciones, la lluvia y el llanto, todo, se abismaba, ahora sí, ya casi llegando, ya casi llegando, saqué un lápiz tinta,

casi llegando, casi llegando, y la vi apretarse contra los barrotes, se lo iba a ensartar cuando me cayó el primer golpe.

Cuando menos pensé ya había como seis o más cobras en la acera, uno de ellos me metió la punta del Falc en el costado, el lápiz cayó y lo patearon, mientras otros me agarraban a patadas. Luego una luz seca en mis ojos, un culatazo y una leche espesa y salada en mi boca, entre mis dientes falseados; otro en la frente y a la pavimentada. Perdí el ayer por un lapso. Después lentamente oí las voces que me hostigaban, el sonido de los carros, el caer del agua. Cuando recobré el conocimiento, vi en la otra acera a una mujer que me gritaba distorsiones de lluvia. La mujer gritaba, lloraba y abrazaba a la pordiosera, que siguió acusándome con sus ojos de lechuza, desde un mundo más ingrato que un bosquejo. Una vez del todo consciente, mis sentidos de nuevo, pulsantes, y los sonidos entonces más claros: así que te gusta pegarle a los niños, hijueputa, los mandos y los culatazos y las escupidas y las mismas troleadas que había visto desde niño.

Los golpes hubieran seguido hasta matarme, pero uno de ellos los paró y les enseñó mi cédula de identidad. Ya me habían esculcado, de seguro cuando me quedé zurumbo. Dejaron de pegarme inmediatamente y se murmuraron algo. El que parecía en mando sacó el resto de mis documentos y los treinta lempiras que me quedaban, se agachó y me golpeó con mi cartera vacía en la cara. Te ganaste una tregua, cerdo, pero ahora vas desnudito, así que hacete humo, mafufo, y me levantaron de un solo tirón y me hicieron caminar a punta de empujones, en cada paso se me aparecía un empeñón.

Desde la otra acera aún me perseguían los ojos de la pordiosera. Ni siquiera podía defenderme de su mirada. Cómo, si atragantado en sangre, con un puño en la garganta. Entonces caminé a tropiezos, crucé la calle en diagonal para ganar tiempo, y casi que me da un carro; al capiármelo, vi que un soldado me apuntaba, con amagos y la risita. Pero seguí hasta el puente Guanacaste, apoyándome como de una hamaca, abismándome a veces hacia las aguas ya crecidas del río. Nel. Sos un cobarde. Nihil. Seguí los pasos que me arrastraban, pasé el puente como

cuando un animal sale de una alcantarilla, doblé la esquina y me metí al callejón.

Voces Universitarias. La acera, el edificio, y me recosté contra la pared untándola de sangre y saliva. La puerta. Toqué más duro que de costumbre y Mario, el Cabra, no abría. Toqué casi a golpes, y el Cabra no abría. Toqué hasta que desde adentro, entre dientes, una voz me dijo perdete, perdete papa, que no te podemos abrir la puerta, y yo que tocaba más, y la voz del Cabra, el que siempre me abría, que no, que no, que me perdiera. Seguí punpuneando, ya a patadas, y no me abría. Le grité varias veces, Cabra, hijueputa, abríme la puerta, y no me abría y el agua ya cansaba mi voz con las corrientes y la manecilla del reloj que me jodía como un sordo en fuga. Faltaban cinco para el toque de queda.

Decidí probar el restaurante La Mancha, al final del callejón sin salida. Para entonces la sangre se me enfriaba y ya mi cuerpo no respondía a mis intentos. Arrastré el bulto que llevaba adentro y rogué a todo lo que quedara de fe, que me abrieran, que me abrieran, que me abrieran. Desde el portón de hierro del restaurante grité cosas que se distorsionaban con la lluvia mierda de hojas de dormilonas. Los culeros españoles tampoco contestaban. Desde el portón, hacia la izquierda donde se asomaba un barranco apenas vedado por una barda de madera podrida, pedí a gritos que me abrieran.

Nel. Las aguas del río crecían mucho más. Nihil. El puente se miraba todo enclenque y yo aún más, ya sin fuerza para caminar. Me acurruqué con mi espalda contra la reja y dejé caer mi cabeza sobre mis rodillas, abrazándome.

Entonces me palpé los ojos que me ardían, y no pude borrar los bosquejos del caricaturista, y no pude dejar de imaginar mis propios intentos, la dimensión donde yo a la vez aparecía de verdugo y de víctima. Aluciné de nuevo todo lo que quería esbozar: y maté al mendigo agradecido, y maté a la cipota prostituida, y reté a los agentes del provenir. Aluciné, bajo palabra todo lo que quería enredar en mi maraña. Abrí bien los ojos, ya inflamados, y en ese instante me acordé de la jerga sobre el punto y la línea, la sombra y la luz. Vi los ojos negros de la pordiojera, los ojos que se anegaban en aguas más crueles que las de alguien que apenas los sueña. Vi sus ojos dilatadamente negros, y creciendo. Y los habité. Así, cerré los míos para esperar el toque de queda.

Segundos después creí que sentía los pasos escurridizos del Cabra y de otro tipo. Entre los dos, creía yo, me arrastraban, ya bajo la lluvia desbordada. Pero al siguiente día me despertó el tufo a mierda en una de las pocilgas de la universidad popular.

—*Éste es mi cuento sobre toques de queda. Ahora le toca a usted, compa.*

Lo más mismo

Martín Almádez

Decidimos apenas se consume la palabra
cambiarlo todo
trajiste tus cuadros contenedoras ventanas
medí el espacio y el mueble quedaría en su justo volumen;
preferiste lámparas blancas y circulares por aquello de la fuga de energía
la casa nueva se levantaba cada noche, caminata o llovizna;
deberían ser muebles de todas las edades compartidas
viejos dijiste, viejos dije,
seremos dos viejos entre las anchuras de estos muebles
recuerdo confesé
y echaste a reír frente a la mesa resignada a lucir el centro de una sala
tan ajena
distante de la calle vacía.
Una chimenea intocable alumbrada por las viejas cosechas de la cava
la cava,
dijiste, la cava que en otros tiempos hubiera perdonado, y que
a cada paso blanco y tinto fuiste llenando.
Quién hablará de esta casa
que cuando estamos se queda sola,
que la lluvia se vierte en óleo magnético detrás del
cristal por nuestros ojos deslumbrado.
La casa con fervor se construye,
un teléfono la suena y la hace suya
las sillas tan pensadas y elegidas me alertan que habitaba ya
desde antes, desde atrás de la noche
esta casa que se construye contra la voluntad
del tiempo
sola y tan llena conteniendo la sonata de Mozart que se estira
y desliza por la tarde de sábado donde hemos decidido
apenas la palabra se consume
cambiarlo todo
hasta lo más mismo.

Martín Almádez (Guadalajara, 1970). Poeta. Ha publicado Cada vez que la luna (Secretaría de Cultura, Jalisco, 1997).

Tres poemas Wisława Szymborska

Elogio de mi hermana

Mi hermana no escribe versos
y dudo que empiece de repente a escribir versos.
Lo sacó de mi madre, que no escribía versos,
y de mi padre, que tampoco escribía versos.
Bajo el techo de mi hermana me siento segura:
el marido de mi hermana por nada en el mundo escribiría versos.

Y aunque esto suene a obra de Adam Macedonski,
ninguno de mis parientes se dedica a escribir versos.

En los cajones de mi hermana no hay viejos versos,
ni recién escritos en su bolso.
Y cuando mi hermana me invita a comer
sé que no es con la intención de leerme sus versos.
Sus sopas son exquisitas sin premeditación
y el café no se derrama sobre sus manuscritos.

En muchas familias nadie escribe versos.
Pero si lo hacen, es raro que sea sólo una persona.
A veces la poesía fluye en cascadas de generaciones,
lo que crea peligrosos remolinos en sus mutuos sentimientos.
Mi hermana cultiva una buena prosa hablada,
y toda su escritura son postales de sus vacaciones
con textos que prometen lo mismo cada año:
que cuando vuelva,
me contará todo,
todo,
todo.

(Traducción de Gerardo Beltrán)

Wisława Szymborska. Poetisa polaca, premio Nobel 1996. Los poemas que aquí se incluyen fueron tomados de El gran número, Fin y principio y otros poemas, Hiperión, Madrid, 1997. (Selección de textos: Raúl Bañuelos.)

Retrato de mujer

Debe ser a elección.
Cambiar para que no cambie nada.
Es fácil, imposible, difícil, vale un intento.
Son ojos son, si cabe, una vez azules, otra vez grises,
negros, alegres, sin causa llenos de lágrimas.
Duerme con él como una cualquiera, única en el mundo.
Le parirá cuatro hijos, ningún hijo, uno.
Ingenua, mas la que mejor aconseja.
Débil, mas podrá con el peso.
No tiene cabeza, pues la tendrá.
Lee a Jaspers, y revistas de mujeres.
No sabe el porqué de este tornillo y construirá un puente.
Joven, como siempre joven, todavía joven.
Sostiene en sus manos un gorrión alirroto,
su propio dinero para un viaje largo y ajeno,
un mazo, una compresa y una copa de vodka.
¿A dónde corre?, ¿no está cansada?
Que no, un poco, mucho, no pasa nada.
O le quiere o se empeña.
Por lo bueno, por lo malo y por el amor de Dios.

(Traducción de Elzbieta Bortkiewicz)

La mujer de Lot

Miré atrás dicen que por curiosidad.
Mas, curiosidad aparte, pude haber tenido otras razones.
Miré atrás de pena por la fuente de plata.
Por descuido, mientras ataba la correa de mi sandalia.
Para no mirar más el cogote justo
de mi esposo, Lot.
Por la súbita certeza de que, si muriera,
ni siquiera se habría detenido.
Por la desobediencia de los sumisos.
A la escucha de la persecución.
Tocada por el silencio, esperando que Dios cambiara de parecer.
Nuestras dos hijas ya desaparecían detrás de la cima de la colina.

Sentí la vejez en mí. La lejanía.
La vanidad de la andadura. El sueño.
Miré atrás al poner el hatillo sobre el suelo.
Miré atrás por temor a dónde dar el paso.

En mi sendero aparecieron serpientes,
arañas, ratones, polluelos de buitres.
Ya ni lo bueno ni lo malo —simplemente, todo lo vivo,
reptaba y saltaba en pánico colectivo.
Miré atrás por mi soledad.
Por vergüenza de estar huyendo a hurtadillas.
Por ganas de gritar, de volver.
O quizá sólo cuando arreció el viento,
soltó mi cabello y me levantó el vestido.
Sentía que me miraban desde las murallas de Sodoma
y rompían en carcajadas sonoras, una y otra vez.
Miré atrás por rabia.
Para saciarme de su gran perdición.
Miré atrás por todas las razones arriba expuestas.
Miré atrás de forma involuntaria.
Fue sólo una piedra la que giró rugiendo bajo mi cuerpo.
Fue una grieta la que, de súbito, me cortó el camino.
En el borde un hámster se agitaba sobre sus dos patas.
Y fue entonces cuando ambos miramos atrás.
No, no. Yo seguí corriendo,
arrastrándome y levantando el vuelo,
hasta que la oscuridad cayó del cielo,
y con ella la gravilla ardiente y las aves muertas.
Por falta de aliento giré repetidas veces.
Quien lo viese habría pensado que bailaba.
No descarto que tuviera los ojos abiertos.
Es posible que me desplomara con el rostro vuelto hacia la ciudad.
(Traducción de Elzbieta Bortkiewicz)

La alta sociedad de la poesía (y sus poetas muertos)

Luis Armenta Malpica

Si partimos de la idea de que la sociedad es el estado de los hombres sometidos a leyes generales, la poesía y la sociedad tienen pocos elementos en común. En principio, los hombres se manifiestan entre sí. La poesía cabe entera en el poema y no posee otro espacio que la realidad de éste; es la elección deliberada del fracaso de la comunicación. El poeta y la sociedad sobrellevan una paradójica existencia: uno y otra parecen no necesitarse y ambos son necesarios.

El libro —el espacio que acoge a la escritura— es una realidad textual: tejido en donde el escritor y el leyente se anudan en una sociedad, ahora sí, inclusiva. Sociedad anónima, pudiéramos llamarla, de capital limitado en su inmensa mayoría. Creo en esta poesía que aspira o tiende a asumir las consecuencias de una escritura personal, que parte del hecho de trazar signos de viaje destinados al desciframiento y la transcripción de una mirada lectora creativa e inteligente. Creo en la poesía como el acto silencioso de leer el trayecto sucesivo de una página: acto carnal y fructífero, ya que la denominación antigua de página quería decir: «cuatro hileras de vides unidas en forma de rectángulo». Frente a la hoja en blanco soy un poeta sobrio, por la divinidad que le confiero a las palabras.

Liturgia del poema con que descifro al mundo y luego me bautiza. Ritual del raciocinio y la experiencia, de la imaginación y la memoria. Agua recuperada entre tanta ceniza de los muertos: Khayyâm, Kavafis, Seferis, Elytis, Whitman, Eliot, Pavese, Pessoa y Pellicer, Juarroz y Lucian Blaga, por nombrar a algunos. Estos autores están habitados por un conocimiento silencioso superior a las palabras. No hay poesía grande donde el silencio trascendental no sea la fuente, al mismo tiempo, del sentido y del signo que lo transporta. Esto es una verdad de experiencia natural: es una verdad de experiencia trascendental a la que otros llaman mística. Estos otros poetas no pierden su tiempo —ni experimentan la necesidad— en asirse a la racionalidad de la lengua o en destruir

Luis Armenta Malpica (México, D.F., 1961). Poeta, ha publicado, entre otros, el poemario Voluntad de la luz (Literalia/Mantis, 1996). Este texto fue leído en el Primer Encuentro Nacional de Poetas organizado por la revista Vuelo libre, Monterrey, N.L., abril de 1998.

el sentido común de las palabras de la comunidad. De esta alta sociedad es que quisiera hablarles, no de la burguesía ni del proletariado de los poetas vivos. Me refiero a los poetas muertos, que seguirán con vida en el tercer milenio.

Mientras muchos poetas jóvenes han optado —con más o menos suerte— por una poesía objetiva, coloquial y autobiográfica, pero escrita para un auditorio masivo (esto es, social), yo creo en la poesía de primera voz, escrita para uno como poeta y para nadie más. Hoy vivimos en medio de una sobreabundancia de signos al grado cero del sentido, e incluso en el grado negativo e involutivo del sentido. En la sociedad del espectáculo que es la muestra, la representación reemplazó a la acción. En esta sociedad sometida al reinado de la cantidad, los signos más triviales se reproducen como las células de un cáncer generalizado. Basta abrir los ojos para ver que por todas partes la antipoesía obra de manera mortífera. «Cuando una sociedad se corrompe —escribe Octavio Paz— lo primero en corromperse es el lenguaje.» Desintegrar el lenguaje como lo hacen ciertos poetas «de vanguardia» es una empresa suicida, egocéntrica, prisionera de su infierno. De lo que se trata —pregonaba Juarroz— es de limpiar el lenguaje, de limpiar nuestra mente y nuestros modos de vida para romper con el lenguaje estereotipado, *naïf* o convencional. Borges veía en ese lenguaje trivial una poesía fósil. La poesía social que yo prefiero es la que habla del hombre y la mujer, de sus cambios y mitos, sin que aparezcan (de manera forzada) las palabras Chechenia, Cuba, Chiapas o la calle de Gante. Creo que la calle no es el mejor lugar para un poema, así se trate de unos ver-

sos urbanos. La calle debe estar en los poemas como el signo visible de la circulación de las ideas. El hombre debe estar en los poemas antes que los poemas vayan a dar al hombre. Cuando salen vacíos, con la parafernalia de la repetición o el preciosismo, el poeta los mueve por las calles, los cafés literarios o las editoriales, en fin: la sociedad; es un cacaraqueo de huevos putrefactos.

La poesía es movimiento. Esto me queda claro cuando paso la mano por el índice de mi memoria abierta y aparecen con vida los poemas de Lorca, Gil de Biedma, Borges, Neruda, Gorostiza y Vallejo, por limitarme tan sólo al habla hispana. Octavio Paz es búsqueda continua (transición, no ruptura): la poesía en movimiento que algunos interrogan y permanece afluente del que todos bebimos (y varios se emborrachan).

Jean-François Lyotard, a propósito de la naturaleza de la filosofía, hace la siguiente reflexión que extiende a la poesía: su paradoja consiste en que al escribir un poema, se escribe *antes* de saber lo que hay que decir y cómo, e incluso si es posible. Entonces un poema no puede estar sujeto a norma alguna. Una vez hecho, el poema es una obra: existe sin la necesidad de relación con otras entidades, incluyendo al poeta. Si un poema no requiere del poeta, de la sociedad tampoco. La obra —dice Maurice Blanchot— lo es cuando deviene la intimidad abierta de alguien que escribe y alguien que lee. Ésta es la sociedad en la que creo. No en la otra sociedad, en la que se presentan los poetas con vals y chambelanes. De un poema, me quedo con la ausencia que presagia los siguientes poemas: su silencio.

Escritores al final del milenio: nueve libros de Arlequín

Jorge Souza

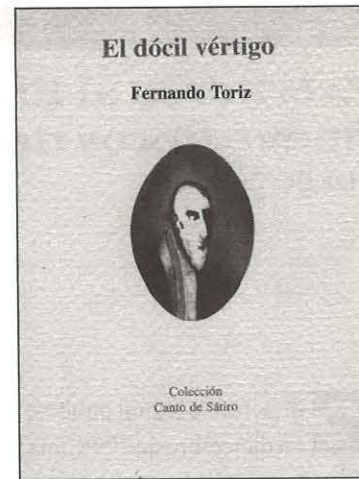
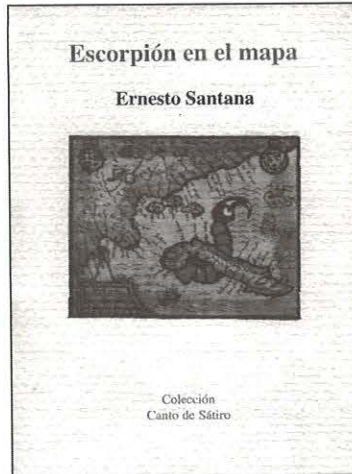
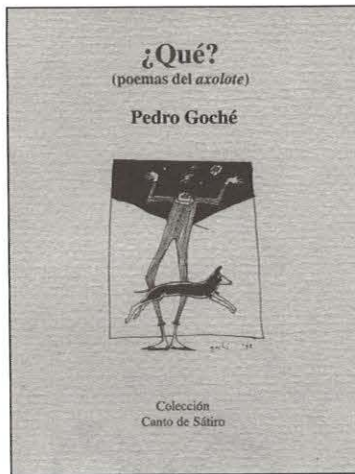
Ediciones Arlequín publicó, en diciembre de 1998, una serie de nueve libros gracias al apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Con este trabajo, arduo y cuidadoso, Arlequín se configura como editorial fundamental para una nueva generación de escritores de Guadalajara, sobre todo porque entre las obras incluye dos antologías: una de cuento, *Extremos*, y otra de poesía, *Tiro al blanco*, en las que recupera obra de tapatíos por nacimiento o por adopción, que crecieron como escritores en la década de los noventa. Ambas recopilaciones, lamentablemente, carecen de un prólogo que las sitúe en un contexto más amplio, o de un estudio que explique la forma en la que se inserta esta obra en el esquema general de la literatura jalisciense. Más bien su valor radica en su aspecto incluyente (en el caso de la poesía reúne a cuarenta y cinco poetas; en el de la narrativa, a veintitrés escritores), que presenta a una generación, casi completa, de nuevos literatos. No es fácil reunir tal cantidad de autores, sobre todo considerando que no faltan los más significativos. Se requiere de un arduo trabajo previo y, por su-

puesto, muchas horas de lectura y selección.

La selección de poesía fue realizada por Felipe Ponce y Jorge Orendáin, y la de cuento estuvo a cargo de Ernesto Castro. En ambos casos, los libros constituyen documentos valiosos para los investigadores de la literatura contemporánea, y de disfrute para el lector medio. Además de las antologías, Arlequín publicó dos libros de narrativa en la colección El Gran Padrote, y cinco de poesía que forman parte de la colección Canto de Sátiro.

Entre los títulos publicados destaca, por su redondez, *Erato*. *Ars amatoria en Guadalajara*, de Marco Aurelio Larios (Guadalajara, 1961), en el que se plantea, con muy buena técnica, una historia de amor y desamor ocurrida en el espacio literario al que da origen La Mutualista, cantina de moda entre artistas y trasnochados tapatíos. La historia surge de los breves monólogos que Erato, una mujer madura, sabia en cuestiones amorosas, dice a un amigo ocasional, poeta por añadidura. Las palabras de Erato dejan fluir la historia, con todos los padeceres y goces que su interlocutor vive por una bailarina. Se trata de





una obra disfrutable, no exenta de fina ironía.

Los abrevaderos del ser, de Sergio Fong (Guadalajara, 1952), es un libro de relatos que retratan los horizontes de la pachequez, la imaginación y otros laberintos de Guanatos (esa ciudad distinta a la Guadalajara de la gente decente, pero que coincide con ella en el tiempo y el espacio). El lenguaje no hace concesiones al puritanismo, y los argumentos dejan en claro que en los submundos de la urbe la vida no tiene color de rosa. Heredero del lenguaje «de la onda» y de los escritores de las generaciones *beat* y *X*, Fong mantiene un tono personal e intenso en los cuentos y vuelve al lector cómplice de las andanzas de sus personajes desgarrados. Las ilustraciones de Salvador Rodríguez (Guadalajara, 1956) no podían ser más adecuadas.

Con mi voz de mujer, de Raúl Ortega Alfonso (La Habana, 1960), reúne dos series de textos. En la primera, la voz de un personaje femenino transita entre el desenfado y la poesía, para dar

forma, principalmente, a obsesiones corporales que, no hay duda, son las que más interesan al sexo viril. En la segunda, los textos están conformados por voces de otros personajes y se aproximan más a los espacios poéticos.

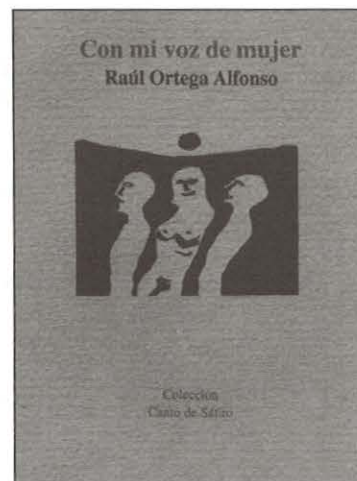
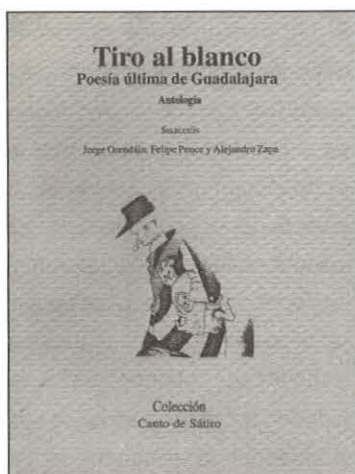
Entre las ediciones de poesía destaca *Escorpión en el mapa*, de Ernesto Santana (Puerto Padre, Cuba, 1958). Sus poemas, unidos por el tono y el color, dejan de manifiesto el oficio del autor y su búsqueda de un camino hacia la dilucidación del ser. La obra rebasa las lecturas superficiales del mundo y se adentra en las interpretaciones de la totalidad. Escrito en versos largos, el poemario de Santana despierta certezas dolorosas y abre realidades que permiten encontrar nuevos e intensos signos de lo que es en el fondo esta criatura, el hombre.

El libro *Oculto suma*, de Rodrigo de la Mora (Guadalajara, 1974), se desenvuelve con suavidad por los bordes de la poesía a través de una prosa fina y consistente que, por momentos, se siente ya madura. Aunque el libro está dedicado a Raúl Aceves y a Raúl

Bañuelos, el manejo de las palabras más bien emparenta a Rodrigo de la Mora con la obra de Jorge Esquina o Luis Armenta. Tiempo, amor, melancolía, son algunas de las constantes que afloran a través de renglones que logran, en ocasiones, la belleza.

Las ilustraciones de Pedro Goché (Tlaquepaque, 1967) para su libro *¿Qué?* (*poemas del axolote*) son bastante buenas. Los poemas, por su parte, buscan aún niveles más altos e interesantes. La obra recoge una serie de poemas en verso y otra de poemas en prosa, legibles, pero en los que aún no están bien definidas las características del estilo del autor. Hay momentos de encuentro, es cierto, pero también muchos textos de tránsito, simples pasillos para llegar a otros en donde Goché logra transmitir una particular melancolía, dolorosa y profunda, que sabe herir también a los lectores. Por cierto, uno de los poemas está dedicado a la memoria de ese estupendo autor que fue el jalisciense Raúl Navarrete. Buen detalle.

El dócil vértigo, de Fernan-



do Toriz (Guadalajara, 1973), es una obra joven que muestra, más que realidades, promesas de futuros logros del autor; con la excepción, quizá, de un bello poema de aliento un poco más largo, en las páginas treinta y cinco y treinta y seis del libro, en el que ahonda en su visión poética y lo-

gra entregar al lector algunos frutos de ese mundo suyo. El resto del libro lo constituyen poemas breves que buscan el chispazo, el destello de palabras que transfigure al mundo: «seguramente / lo infinito es un clarísimo escuchar / hasta que se logra / el silencio como luz propia».

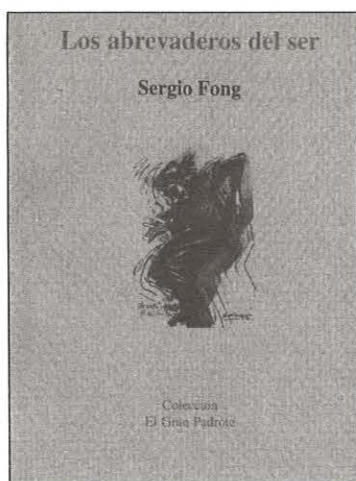
Felipe Ponce, Jorge Orendáin, Óscar Tagle y otros integrantes de Ediciones Arlequín tienen motivos para estar satisfechos de esta serie de publicaciones, presentadas con pulcritud y belleza, como ya es costumbre en esta editorial.

Una visión del amor en *Erato. Ars amatoria* en *Guadalajara* Harriet Quint

El deseo innato de amar y ser amado es condición básica en la existencia del individuo. La maldición bíblica nos arrancó de un estado paradisiaco de pureza y nos arrojó a un camino en el que se han debatido el dolor y la felicidad, el miedo y la certeza, el instinto y el conocimiento, la culpa y la inocencia. Al margen de la herencia literaria y

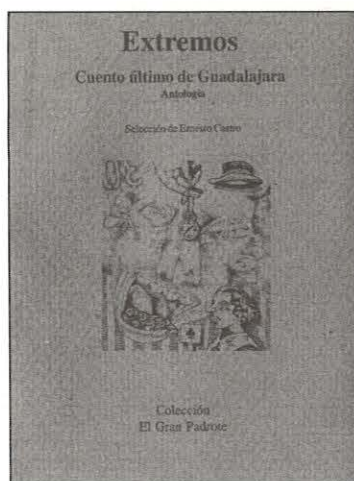
filosófica, el concepto que tenemos del amor se basa, sin duda, en nuestras experiencias y no puede ser calificado más que por criterios subjetivos; para algunos significa la incesante búsqueda del paraíso perdido, para otros es una actitud inherente que simplemente se da. Si bien el amor nos llega a través de los sentidos, el hombre no deja de cuestionarse sobre

las causas de una condición que siempre puede tener explicaciones lógicas, pero cuyo razonamiento pocas veces puede cambiarla, sobre todo cuando se trata de un estado doloroso y no placentero. Incertidumbre, sufrimiento, deseo de comprensión, desgarramiento interno, todos estos combates los llevamos con el único fin de alcanzar de nuevo un estado



de armonía, compenetración y olvido. Conscientes del riesgo, salimos al encuentro del amor. Sabemos que su intensidad máxima sólo puede durar un instante cuando nos regresa al tiempo mítico, cuando el pecado era desconocido y no se había inventado aún la culpa. Una vez descubierta, el recuerdo nostálgico de aquel instante dará razón a la vida.

Indagaciones sobre el amor es el tema principal de *Erato*. Ars amatoria en *Guadalajara*, libro en el que Marco Aurelio Larios manda a un joven poeta en búsqueda del «verdadero amor». Estructurado en forma de monólogo externo, el lector se entera de los sucesos a través de la voz narrativa de una mujer cuarentona, quien da consejos, en materia de «facilitar el amor», a un joven poeta condenado al enamoramiento infeliz. El relato se ubica en Guadalajara con la mención de las plazas comerciales, las «bancas del Aranzazu y del San Francisco» (p. 18), escenarios románticos que se prestan para los quehaceres de la seducción, o con la descripción de las noches tibias en La Mutualis-



ta: su olor a humo de cigarro y cerveza, la rocola que no deja de tocar tristes canciones de amor, las marqueterías de yeso que recuerdan el antiguo salón de baile, los parroquianos, escritores, pintores, periodistas, que consumen sin moderación «versos y tragos».

El libro se constituye de nueve pequeños capítulos, cada uno introducido con el texto de una canción. El contenido melodramático de las letras intensifica el lado emotivo del asunto amoroso y contrasta de manera agradable con el estilo no exento de sabiduría, definido por su franqueza y soltura característicos de la mujer madura, Erato. El tema, tratado con diversidad, está enfocado por una sola voz narrativa que entretiene con innumerables consejos abstractos la concreta relación amorosa de un joven poeta y una bailarina.

Como lectores nos acercamos al tema mediante la subjetividad de una mujer que sintetiza sus experiencias en las instrucciones dirigidas al joven con el fin de guiarlo en los vericuetos del amor.

El tan controvertido asunto del amor no se percibe directamente de las vivencias de los personajes, sino por las descripciones de Erato. El amor es captado en su esencia pero a su alrededor se forma una especie de circunferencia impenetrable por parte de los personajes, que nos da la impresión, como lectores, de que en el texto *se habla* del amor pero *no se vive* el amor. De esta manera, el distanciamiento obtenido entre el lector y los sucesos del texto cumple un propósito muy claro: estar ante un manual de seducción. Este distanciamiento es bastante funcional ya que el lector es inducido a reflexionar sobre un tema, pero no se involucra sentimentalmente, con lo cual el autor propone una lectura analítica de lo amoroso.

La búsqueda del «verdadero amor», que es la idea principal del libro, no se realiza al final —el joven poeta sufre un desengaño con su bailarina y prueba un nuevo amor con Erato—. Ambigua y controversial en su esencia, esta idea es inagotable en su complejidad y está sujeta a una opinión muy personal, en la que juegan un papel decisivo la cultura, la moral y la profesión del individuo. No existe una imposición en este sentido por parte del autor, el tema se deja abierto y a criterio de los lectores. Encontramos sugerencias pero no una definición absoluta del «verdadero amor»:

[...] ahora que ha decidido acometer a fondo el verdadero amor, esa espiritualidad que únicamente encarnada

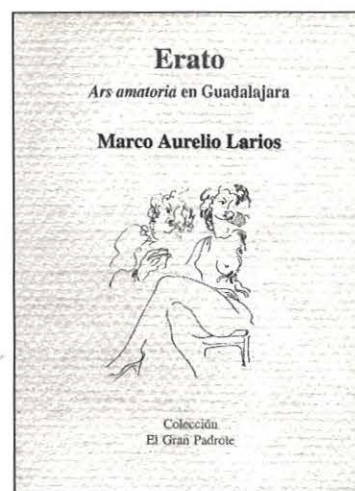
puede tomar aroma y sabor en el cuerpo amante. Porque es una presencia la que amamos, nunca una idea. Y todo triunfo o fracaso en el amor surge de la edificación o derrumbe de esa presencia. Por eso, cuando aspire al amor, aspire a poseer y ser poseído: solamente en este encuentro de presencias se afinan los encantos de unos ojos, el brillo de una sonrisa, el ingenio de la conversación. Todas las atracciones físicas y espirituales convergen en el combate amoroso (p. 12).

A lo largo del libro observamos que el amor, alianza entre espíritu y cuerpo, es visto como un conflicto emocional cuando está presente la incertidumbre de no ser correspondido; como una agresión externa cuando se trata de invadir la privacidad de otra persona; como un dominio recíproco en el que se habla de posesión. Todas estas palabras bélicas que describen la relación afectiva entre un hombre y una mujer, le crean al sentimiento amoroso un entorno de violencia *appassionata* donde la armonía no tiene cabida y después de la conquista no puede surgir la paz. Sin embargo, el sentimiento de amor, una vez compartido, pertenece a los dos. Esta unión crea una nueva presencia que no es ni del uno ni del otro, es un ente que gobierna a los dos amantes y le da significado a sus vidas. Cuando esta unidad triádica sufre una ruptura por voluntad de uno, ambos pierden su identidad, porque «*desfacen* su creación irrepetible, lo que había sido suyo y lo que eran» (p. 53). Pero la vida fluye. El amor entre un hombre y

una mujer es transitorio en su faceta terrenal; después de una decepción amorosa existe la esperanza de encontrar otra pareja, siempre y cuando den con la «combinación exacta».

Cualquier arte es un oficio y como tal debe ser aprendido. En el «arte de amar» podemos hablar de intuición, o tal vez de un sexto sentido, pero básicamente nos enfrentamos a un proceso de enseñanza y aprendizaje. El «arte de amar» es fácil de confundir con el «arte de la seducción». Las técnicas son las mismas, la diferencia es leve, pero determinante en el fin. Mientras que en la seducción se persigue un propósito puramente carnal, en el amor hay que «poner el alma en el cuerpo» (p. 38). ¿Cómo y qué hay que aprender? Para empezar hay que mostrar interés y no dejar al azar la decisión definitiva. Los consejos de Erato, nombre de la musa griega de la elegía, nos acompañan a lo largo del libro y se dirigen sobre todo a los hombres: perder el miedo y arriesgarse, tener una mirada para pequeños y sutiles gestos femeninos, mostrar imaginación al ofrecer un regalo, respetar la libertad mutua, y gozar en todo momento los pequeños avances logrados en el camino de la persuasión.

Marco Aurelio Larios, *Erato. Ars amatoria en Guadalajara*, Arlequín (El Gran Padrote), Guadalajara, 1998.



Ovidio, fundador de toda una literatura galante, cuya idea de la reciprocidad del placer en la relación de pareja ha inspirado a los poetas occidentales, influye también en Marco Aurelio Larios. Tanto para Ovidio como para Larios el amor es principio y finalidad última del hombre. La incesante búsqueda del amor se explica si partimos de la premisa de que el ser puede realizarse únicamente en el amor, por lo tanto, esta inquietud es una búsqueda de sí mismo. El amor como un *perpetuum mobile* impulsa al hombre en su camino hacia la espiritualidad. Sin ser un juego puramente intelectual debe contextualizarse en lo tangible, en la penetración física, en la carnalidad. Unión irreductible entre espíritu y cuerpo, el amor confiere la única libertad universal al ser humano.



La Estación de Lulio

libros • café • puros
revistas • periódicos

Libertad 1980 A
COLONIA AMERICANA
C P 4 4 1 6 0
8 2 6 7 2 8 1

la
producción
editorial
de las instituciones
académicas
del país



argentina 66 (entre vallarta y pedro moreno) v tel/fax [3] 825 7060

libros • discos • arte • café
gandhi

AVENIDA CHAPULTEPEC 396
ESQ. EFRAÍN GLEZ. LUNA C.P. 44420

TEL: 616•73•74
FAX: 616•73•82

gandhi

Bellas Artes
91 (5) 510 4231 al 35
Fax 512 4350

gandhi

Discos
91 (5) 658 5718

gandhi

M. Ángel de Quevedo
Discos 91 (5) 661 2339
Libros 91 (5) 661 0911
Fax 661 2043
Ofic 661 1041

LIBRERIA
jardín de senderos


MUSICA / ARTE / VIDEO

Galeana 141
613 6654

Centro
Guadalajara

Donato Guerra 171
613 6532


Centro
Guadalajara



PAIDÓS/UNAM



FERNANDO SALMERÓN



DIVERSIDAD CULTURAL Y TOLERANCIA

BIBLIOTECA IBEROAMERICANA DE ENSAYO

PAIDÓS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

ISABEL CABRERA




EL LADO OSCURO DE DIOS

BIBLIOTECA IBEROAMERICANA DE ENSAYO

PAIDÓS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LUIS VILLORO



ESTADO PLURAL, PLURALIDAD DE CULTURAS

BIBLIOTECA IBEROAMERICANA DE ENSAYO

PAIDÓS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

MERCEDES DE LA GARZA



ROSTROS DE LO SAGRADO EN EL MUNDO MAYA

BIBLIOTECA IBEROAMERICANA DE ENSAYO

PAIDÓS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

I B E D I B O L I M N O T E R I Y C C O A N A

Puede adquirir nuestros libros en Guadalajara:
Fondo de Cultura Económica (Manuel Acuña 679, Zona Centro) **Grupo Azraín** (Av. Chapultepec 396, Sector Juárez)
Pruebas y Material Pedagógico (Constelación 285, Zona Minerva) **Librería Gonvill** (8 de julio 825)
También puede solicitar atención al Sr. Mario Estrada, representante de Paidós en Guadalajara, Jal. (tel./fax: (3) 675-0622)

Solicite nuestro catálogo:
Editorial Paidós Mexicana, Rubén Darío 118, col. Moderna, 03510, México, D.F.
Fax: 590-4361, correo electrónico: paimex@iserve.net.mx ...o visite nuestro sitio web: <http://www.paidos.com>



Carmen Bordes
La ronda de don Rosendo
Acrílico/tela 244 x 190 cm.

colección permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA